

IDEAL DE LA FAMILIA

MEMORIA

PREMIADA

POR LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

EN EL CONCURSO ORDINARIO DE 1886

SOBRE EL PRIMER TEMA DEL PROGRAMA DE 3 DE MARZO DE 1885

ESCRITA POR

DON CARLOS SOLER Y ARQUÉS

Individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia,
Catedrático de la Escuela Central de Artes y Oficios, etc.

Haya paz.

HERACLETO.



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1887

IDEAL DE LA FAMILIA

FA
XIX
F1
12

IDEAL DE LA FAMILIA

MEMORIA

PREMIADA

POR LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

EN EL CONCURSO ORDINARIO DE 1886

SOBRE EL PRIMER TEMA DEL PROGRAMA DE 3 DE MARZO DE 1885

ESCRITA POR

DON CARLOS SOLER Y ARQUÉS

Individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia,
Catedrático de la Escuela Central de Artes y Oficios, etc.

Πάντα ἔσται.

HERÁCLITO.



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1887



R. 105.154

Art. 43 de los Estatutos de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

« En las obras que la Academia autorice ó publique, cada autor será responsable de sus asertos ú opiniones: el Cuerpo lo será únicamente de que las obras sean merecedoras de la luz pública. »

Artículo 100 del Reglamento.

« Sólo la edición académica de las obras premiadas será propiedad de la Corporación. »

Regla 5.^a del Programa de 3 de Marzo de 1885.

« Los autores de las Memorias ú obras á que la Academia adjudique el premio ó accéssit, conservarán la propiedad literaria de ellas. »

TEMA PRIMERO

del Programa de 3 de Marzo de 1885 propuesto para el concurso ordinario de 1886.

“ Comparación de la familia cristiana con la familia pagana, considerando su organismo interno y su influencia en la moral, en la civilización del mundo y en la prosperidad de los Estados. „

IDEAL DE LA FAMILIA

PRELIMINARES

SUMARIO

Extravíos del hombre y su ignorancia. — Criterio de moralidad dentro y fuera del campo de la filosofía. — La experiencia y el sentido común como norma de conducta. — Teorías y utopías sobre la constitución de la familia. — Bello ideal. — Nuestro plan y principales divisiones del presente trabajo.

Demostrado está por la historia de la filosofía ¹ que no hay aberración manifiesta que no tenga ó haya tenido sus apolo-
gistas entre las eminencias del saber. En todo se ha divagado
con seriedad y se divaga; en todo se sientan, como axiomas,
dislates, sin que puedan descartarse de esta regla general las
más graves cuestiones relativas á la constitución de la familia,
cuestiones, por otra parte, evidentes, y muchas ya resueltas de
una manera uniforme y sencilla, por el sentido común, en
todas las edades de la historia del hombre.

1 Nec quidquam aliud est philosophia, si interpretari velis, præter studium sapientiæ. Sapientia autem est, ut à veteribus philosophis definitum est, rerum divinarum et humanarum, causarumque quibus æ res continentur, scientia: cujus studium qui vituperat, haud sane intelligo quidnam sit quod laudandum putet.—Cic., *De Officiis*, II, 2.

Bien puede decirse que, consultando autoridades, buscando luz en las opiniones y aun apelando á la práctica de diversos tiempos y lugares, aparecerán siempre contrasentidos, confusiones y divergencias, capaces acaso de hacernos dudar de nosotros mismos, convenciéndonos de la verdad con que publicistas insignes afirman que el simple estudio de la filosofía y de su historia engendra en el alma el desaliento y una convicción profunda de la escasez de nuestro saber, siendo tan sólo un conocimiento *científico* de nuestra ignorancia el resultado final de nuestras incesantes é improbas tareas. Siempre y en todas partes aparece la conciencia de la vanidad y de las flaquezas humanas, en medio de la impotencia del filósofo, para encontrar en sí mismo luz que alumbré el caos y diques seguros contra la corrupción que todo lo invade. Consultemos todas las antiguas tradiciones; interroguemos al indio, al persa, al egipcio; estudiemos las evoluciones históricas de la culta Grecia y de la opulenta Roma, y pronto advertiremos que no es muy segura esa barquilla de que Platón nos habla para surcar sin tropiezo los tempestuosos mares de la vida.

No hay duda que el buen sentido propio es á veces más eficaz que el examen de las opuestas teorías de los filósofos. ¿Debemos, sin embargo, despreciar las lecciones de los hombres pensadores, de los apologistas y detractores de todos los sistemas? Sería imprudencia, cuando el alma no se ve nunca libre de incertidumbres; sería inferir un insulto á la razón; y si la razón humana no es digna, en nuestro concepto, de una ciega y orgullosa apoteosis, no merece menosprecio tampoco. Es cierto que las exageraciones todo lo malean; pero ¿quién pone frenos al pensamiento? ¿Quién no reconoce en los fenómenos intelectuales el carácter independiente de los sujetos en que radican y se desenvuelven? ¿Quién no ve ineludible la variedad de juicios y necesaria la oposición de sistemas, cuando esa variedad y esa oposición arrancan de seres dotados de espontaneidad y libertad?

¿No habrá medio de ver claro? Parécenos que la parte más complicada y confusa de todo problema desaparece, ó cuando

menos se aclara, si la solución se busca con espíritu imparcial y tranquilo, dejando por un momento á un lado simpatías y antipatías, corrientes hoy en boga, y preocupaciones añejas, maneras particulares de ver y conceptos por inconsciente y dominante hábito arraigados.

A juzgar rectamente aspiramos. El anhelo de imparcialidad es el que ante todo nos anima y firmemente queremos no nos abandone en el actual estudio.

*
* *

Se trata de una comparación de la familia cristiana con la familia pagana, considerando su organismo interno y su influencia en la moral, en la civilización del mundo y en la prosperidad de los Estados.

Los datos históricos y las pruebas que alleguemos han de conducirnos en primer término al fallo de una gran cuestión de moralidad, que abarca indudablemente é incluye los demás términos del debate.

Pero aquí se nos presenta, desde luego, una incógnita que á algunos parece bastante oscura y es muy fundamental para todos. ¿Cuál es el sentido íntimo y filosófico de esta palabra *moralidad*? ¿Están bien demostradas las ideas morales? ¿Es incontrovertible su carácter práctico? ¿Tiene la moral reglas fijas? Estas preguntas pueden reducirse á otras más vulgares todavía: — ¿Existe la moralidad? ¿A qué criterio obedece?

Los ideólogos del tradicionalismo clásico prueban la eficacia de las ideas morales por la existencia de las mismas: — «No se buscaría lo que son, si no se supiese que son.» — Ven las ideas morales profundamente arraigadas en el espíritu y afirman que sus elementos constitutivos están en la razón, en la conciencia, en el íntimo sentido. La capacidad de conocer y la espontaneidad libre del sujeto que ejecuta son condiciones necesarias para que las acciones sean imputables y haya orden moral. La diferencia entre el bien y el mal no es arbitraria,

arranca de la naturaleza íntima. Hay relaciones entre la moralidad y la utilidad; pero el origen absoluto del orden moral es el Sér Supremo ¹, resultando un círculo vicioso la afirmación de que la moral es simplemente lo conforme á la razón, y no siendo nunca bastante considerar la moralidad como un hecho absoluto del espíritu humano; no siendo nunca bastante, si no se liga íntimamente tal hecho con las creencias de una religión positiva.

Así habla y define la ideología histórica. Pero vivimos en unos tiempos en que todos los fundamentos de la sociedad se sujetan á una revisión profunda, y no es la Ética la ciencia con menor empeño discutida. Delante de San Justino, San Clemente de Alejandría, San Agustín, San Anselmo, Santo Tomás de Aquino, Descartes, Bossuet, Fénelon, Malebranche, Leibnitz, Bonald, Balmes, etc., y hasta enfrente del mismo Kant, se presentan, bien pertrechados de armas ofensivas y defensivas, y levantando la bandera del utilitarismo, Hobbes, Helvecio, Holbach, Bentham, Mill, Bain, Darwin, Spencer y otros muchos. Y no se diga á estos últimos que predicán doctrinas peligrosas, porque se apresuran á contestar, en tono de ofendidos, que una *teoría*, fundada en un sistema razonado, no es nunca tan peligrosa como las supersticiones populares, las religiones que se dicen reveladas y se apoyan en el milagro y en el misterio, en lo irracional y en el absurdo... «Todo *dogma*, dice Guyau en su exposición de la moral, de la utilidad y de

1 "El acto moral por esencia, el acto constituyente, por decirlo así, de la bondad moral de Dios, ó sea su santidad, es el amor de su sér, de su perfección infinita; más allá de esto nada se puede concebir que sea origen de la moral; más puro que esto no se puede concebir nada en el orden moral... — La moral, como necesaria y eterna, no se funda en ninguna criatura; luego su origen está en Dios... Dios ama el orden que corresponde á las criaturas conforme á lo que está en la Sabiduría infinita. La criatura, amando este orden, ama lo que Dios ama, lo que está en Dios, y por consiguiente ama en algún modo á Dios. Infringiendo este orden no ama á Dios, pues obra contra lo que Él ama. Luego la criatura participa de la moralidad cuando procede con arreglo á este orden, y peca cuando lo tras-pasa." — BALMES, *Ética*, caps. X y XI.

la evolución ¹, todo *dogma* es radicalmente inmoral en sí mismo, pero todo sistema que no es dogma no puede ofrecer nada verdaderamente peligroso al espíritu que va en busca de la verdad, puesto que la diversidad de los sistemas es precisamente el único medio de descubrirla. Toda teoría, cualquiera que sea su objeto, tiene, pues, los mismos derechos á los ojos del pensador; trátese de la moral y de sus fundamentos ó de cualquiera otra ciencia, poco importa. Todo debe ser objeto de libre especulación y de libre examen para el hombre, y más alentadas que otras merecen ser las especulaciones sobre las cosas más graves, como la moral, en cualquier sentido que se produzcan...»—Por lo que se ve no pecan ciertamente de cortedad los defensores más ó menos francos del empirismo.

Sabido es que esa doctrina de la moral utilitaria que se inició fundándose en el interés individual, con Epicuro primero y con Hobbes después, hubo de fijarse más tarde con Bentham y sus discípulos y continuadores en la armonía entre el interés privado y el interés público, y pretende por fin en su última etapa no atender más que á la conveniencia general. Este es el período moderno en que aparecen Mill, Bain, Bailey, Darwin y Spencer. Es evidente que á tal paso y siguiendo parecidas evoluciones, ha de llegar día en que la escuela utilitaria quiera confundirse con la moral racional del deber, á cuyos límites ya se aproxima.

Sin embargo, los argumentos de la filosofía utilitaria no satisfacen á nadie, llegando en ocasiones á favorecer las pasiones y los caprichos, los vicios y los delirios. Ese utilitarismo triunfante no consigue, á pesar de todo, arrancar un principio de obligación de los hábitos inconscientes y de los instintos; no acierta á presentarnos un interés capaz de apartarnos de algunas acciones que el sentido común condena, ni un egoísmo que nos obligue á ciertos actos favorables á los demás hombres; no encuentra en el fondo de nuestro sér la fuerza que en determinadas circunstancias ha de hacernos superiores á nosotros mismos, y

¹ *La Morale anglaise contemporaine*, París, Felix Alcan, editor, 1885.

gira en un círculo vicioso y sin salida. ¿Puede el egoísmo, aun en su sentido menos innoble, ser el ideal de la fraternidad y de la benevolencia?

Es cierto que en la sociedad futura que nos promete Spencer se equilibrarán de tal modo las esferas de actividad, que cada hombre obrará espontáneamente para el bien de otro como para el suyo propio. Pero, ¿cómo ha de verificarse el milagro? ¿Es realizable este porvenir por medio de la necesidad física, único camino abierto á los utilitarios? ¿Es realizable mientras subsistan en nuestro sér la conciencia y la inteligencia que en tantos casos ponen diques á los instintos? No sin fundamento observa el mismo Guyau, que Darwin y Spencer, como para empujar al sér moral por la espalda, en vano apelan á toda la serie de los séres que les han precedido y á los hábitos instintivos que son la herencia acumulada de las generaciones. Hablan al individuo en nombre de las especies y de los géneros; se esfuerzan en arreglar las acciones del hombre por las mismas leyes sencillas que determinan los movimientos de la naturaleza visible; pero la voluntad del hombre es indudablemente mucho más difícil de dirigir que las fuerzas de la naturaleza cuyos hondos secretos han creído penetrar. La conciencia ilustrada basta para resistir á todo ese mundo fantástico ó inconsciente cuyo inmenso poderío se evoca.

Hay mucho más todavía. El utilitarismo ha dado nacimiento en Alemania á la singular doctrina que viene llamándose « filosofía de la desesperación. » Los discípulos de Schopenhauer y de Hartmann afirman también que el único de los bienes positivos es el placer; pero creen que la suma de las penas será siempre superior en el universo á la suma de los placeres, resultando por consiguiente inevitable que el mal se sobreponga al bien, y que es una ilusión muy vana buscar la dicha en la tierra ó en el cielo.

Seguir paso á paso estas genialidades y refutarlas, además de ser impropio de este lugar, nos llevaría demasiado lejos. Basta lo dicho para demostrar que, encerrándonos en los límites de las divergencias filosóficas, y buscando exclusivamente

en ellas una solución concreta acerca de las ideas morales, no sólo sería interminable la tarea nuestra, sino que bien pudiéramos alucinarnos en busca de discreteos, dando con teorías quizás inciertas y aun de resultado dañoso.

*
* *

La observación de nosotros mismos y el sentido común nos bastan para persuadirnos íntimamente de que las ideas morales son hechos primitivos, condiciones inherentes y arraigadas en la naturaleza humana. Contra esta clarísima manifestación de la conciencia nada pueden las cavilaciones ni los sofismas.

Sentimos naturalmente los estímulos del instinto de conservación, las inclinaciones del amor propio, el deseo de libertad y de goces; sentimos los impulsos del amor hacia nuestros semejantes, las seducciones de la belleza natural ó artística, intelectual ó moral, los atractivos de la virtud y de la ciencia. La voluntad es físicamente libre; pero, ¿qué límites, qué reglas deben prescribirse á las expansiones de los actos que derivan de aquellos impulsos?—El resultado de las meditaciones más serias armonizadas con las elocuentes lecciones de la experiencia nos dice que no hay para el fuero interno más que la inteligencia ilustrada, el recto juicio de la conciencia. Esta última es la que condena el exceso del placer y manda resistir con valor al exceso de la pena, prefiriendo el amor de lo bello ó de los actos que de él emanan al amor de nosotros mismos ó de los actos que tienden á satisfacerlo.

De ahí que en el orden moral no se tenga que estudiar únicamente lo absoluto, lo necesario, lo personal, lo independiente. Hay también relaciones sociales; hay moral social.

Todo el gran código de la moral social pudiera resumirse en dos palabras: *Ama, si vis amari*.—He aquí su magnífica síntesis. Obras de amor y justicia han de ser la base fundamental de toda sociedad humana. Claro es que la justicia no sólo consiste en abstenerse de la violencia, sino también de la más leve

ofensa: *Non tantum non violare*, decía ya Cicerón, *sed etiam non offendere justitia sunt partes.*

Hemos llegado á hablar de la sociedad en la que el hombre está destinado á vivir. No es necesario apuntar ahora que la primera sociedad es la del hombre y de la mujer. Y debe aquí observarse que antes que el instinto de conservación imperan en el alma las inclinaciones sociales, esos dulces afectos que luego se clasifican en benevolencia, amistad, amor y cariños de la familia.

¡La familia! El padre y la madre, el hijo y el hermano, todo lo que hay, en una palabra, más tierno en el corazón y más hondo en el alma. Aun á riesgo de escandalizar á los que negaron su influjo divino, no será mucho decir afirmando que de ella depende la vida física, la vida intelectual y moral del humano linaje.

*
* *

Permitase otra breve digresión antes de entrar en materia.

La reproducción de los seres es ley de la vida. La especie humana ha de perpetuarse; pero sería mengua no diferenciar la procreación y educación de criaturas racionales de los actos que propagan una raza cualquiera de brutos.

Las leyes que rigen en el crecimiento y en la perfección del hombre físico, así como las que presiden al desarrollo de las facultades intelectuales y morales, son argumentos en favor de los derechos innegables y de los deberes ineludibles de la familia. Los discursos están de más cuando tan alto habla la experiencia. La debilidad del recién nacido, los cuidados que exige luego la infancia, la temeridad é inexperiencia de la juventud, los afanes é idealismos del amor en ambos sexos, la natural solicitud del padre, los raudales de ternura que atesora el corazón de la madre, todo autoriza para afirmar que existen en la sociedad doméstica relaciones morales indudablemente conformes con las eternas y sagradas leyes que nos dicta la naturaleza.

No faltan, sin embargo, reformistas de las escuelas del progreso, apóstoles de la igualdad absoluta, que no han sabido ver más que los efectos de una educación maleada en el dulce sentimiento de familia, cubren de escepticismo su historia, y entre otras bases de reorganización social llegan á defender, de una manera más ó menos vergonzante, no ya el divorcio absoluto y voluntario, sino la promiscuidad de mujeres y la educación oficial de los niños, lo que, claro está, equivale á la extinción de la familia; y niegan con sobra de idiosincrasia los tales filósofos que esto signifique el desorden de las pasiones, la apoteosis del vicio, el sensualismo brutal elevado á su mayor desenfreno.

Ya Minos y Licurgo plantearon en la antigüedad un parecido sistema en Creta y en Lacedemonia, organizando hasta cierto punto el comunismo de bienes, comidas y mujeres, la educación oficial de los niños y hasta la muerte de los que nacieran imperfectos. Ocasión tendremos de analizar en el cuerpo del presente estudio el alcance de aquellas instituciones. Hasta el *divino* Platón ideaba una república en la que prescribía la comunidad de mujeres por medio de ayuntamientos anuales, la educación oficial y en común de los niños, y otras aberraciones. Es cierto que la mayoría de los innovadores actuales afirma que nadie piensa ahora volver á aquellas rancias instituciones; pero también sabemos que no faltan socialistas contemporáneos que, al mismo tiempo que rechazan la palabra *comunismo*, han buscado en ella su inspiración y los gérmenes de la que llaman novísima doctrina. A nuestro propósito conduce, pues, recordar que las más exageradas ideas de libertad en los amorosos enlaces tienen sus moldes en la Grecia pagana, resultando que ni esas mismas ideas de los utopistas tienen verdadera novedad, ni carecen de ensayo, ni dejan de dar campo al estudio de los resultados prácticos.

Dos palabras más sobre un asunto que acaso tenga un interés de actualidad mucho más vivo de lo que en el primer momento parezca. No perdamos de vista, aunque la observación resulte incongruente ó vulgar, que los tres primeros y más

notables comunistas teóricos de nuestra época son el famoso *industrialista* Conde de Saint-Simón, Carlos Fourier y Roberto Owen, como nadie ignora.

Sabido es que, según la teoría del primero en el orden cronológico, el hombre, salvaje en un principio, replegándose luego sobre sí mismo, adquiriendo sucesivamente el pensamiento y la palabra, ha venido á ser lo que es, y mejorándose progresiva é indefinidamente, llegará á un estado de perfección suma, estado en el que le esperan goces y dichas sin tasa. En el actual momento histórico, debe el hombre buscar la mayor suma de felicidad posible en esta vida, y para ello declarar abolido todo privilegio de nacimiento y de fortuna, emancipar á la mujer hasta igualarla á sí mismo, suprimir la familia y abolir la herencia. La humanidad debe constituir luego una sola y gran familia, cuyos miembros serán clasificados por su capacidad respectiva.

El segundo de los citados comunistas convierte la moral en una teoría de las pasiones. Según él, no hay vicio ni virtud; estas ideas son falsas; no hay más que pasiones, las cuales proceden de Dios, que se vale de ellas para manifestar al hombre su voluntad. El deber del hombre es seguir sus pasiones, que constituyen la atracción universal y tienen su analogía en la naturaleza. Facilitar su satisfacción, apartar los obstáculos que la impidan, combinar armoniosamente las del alma con las del cuerpo, acumularlas en el mayor número posible, es la tarea á que debe consagrarse predilectamente el hombre. Muy conocida es también la organización social que para el desarrollo de este sistema se propone. Es preciso regenerar ante todo la familia cuya viciosa constitución, fraccionando indefinidamente la sociedad, es el origen de los males que ésta padece. Al efecto se reunirán los asociados de ambos sexos en grupos, series y falanges, y se dedicarán á la agricultura y á la industria. La vida, es decir, los placeres, los alimentos, los hombres y las mujeres, todo será común; hasta los hijos serán educados juntos, confundidos y sin preferencias en el *falangsterio*, y como los grupos se formarán por la atracción apasionada, esto es, por las

simpatías que recíprocamente inspiren á los individuos sus mutuas pasiones, y como los mismos grupos forman las series y éstas las falanges, de aquí nacerá la unión, la armonía, la felicidad de esta gran familia, extendida luego en ciudades y provincias por el mundo entero.

El plan teórico de Owen es tan radical como el de los dos anteriores. Quiere también comunidad en todo, absoluta igualdad, identidad de educación, omnímoda libertad de conciencia é irresponsabilidad de las acciones humanas. Tales son algunas de las bases del sistema de *cooperación* de este tercer reformista. Coinciden todos estos innovadores en rehabilitar la carne, que dicen está anonadada hoy por el cristianismo; en proclamar que el matrimonio es una institución variable, caprichosa y rescindible á voluntad de los contrayentes, declarando á la mujer emancipada y siempre libre, pero quitándole, por supuesto, el cariño á sus hijos y destruyendo la familia.

Es por demás evidente que en el comunismo se legitiman los impulsos de las pasiones; la ley moral no resulta un código permanente ni una teoría fija, sino una tradición inconstante y movediza, que así pretende conciliarse con el idealismo de Platón y el naturalismo de Epicuro, como con la doctrina de Zenón y la espiritualidad del cristianismo.

Bien sabemos que la ciencia moral y social de esos humanitarios comunistas, que reglamentan hasta las expansiones y privan al hombre del consuelo de la paternidad y de la familia, no puede resistir al examen de la crítica. No ignoramos que estas escuelas, ya en gran parte enmendadas por sus continuadores en el proselitismo, Cabet, Blanc, Proudhon, Leroux y otros famosos humanitaristas, parecen haber pasado de moda y tienen hoy otras tendencias, y se convierten en socialismo científico en Alemania con Fichte y Marlo, Rodbertus-Jagetzow y Karl Marx. Pero no se nos oculta tampoco, que si todo el socialismo contemporáneo, lo mismo los partidarios de la llamada «Alianza universal de la democracia» que los apóstoles del nihilismo, del colectivismo y de la *nacionalización* del suelo, toman por tema preferente la mejora de la suerte de las clases trabajadoras y la

igualdad de condición en todos los asociados, aparece también y palpita en el fondo general de las teorías de los reformistas, incluso en los de la cátedra, el espíritu progresivo de la moderna filosofía que tiende á la destrucción de toda religión positiva y á la radical reforma de las leyes sociales, siendo un hecho indubitable para el sentido moral que las palabras propiedad, herencia, religión y familia fueron en cierto modo correlativas siempre. Claro es así que, utopías ó no, el sentido y los ideales de las modernísimas escuelas y el de aquellas más ó menos antiguas de que arrancan, no son factores despreciables para avalorar la moral del organismo llamado sociedad doméstica y las civilizadoras ó perturbadoras influencias que de una manera tan directa vienen obrando en nuestros días sobre la familia cristiana.

De ahí la razón y el fundamento de las brevísimas indicaciones que preceden.

*
* *

El bello ideal de la familia cristiana tiene encantos que nadie desconoce y dulces recuerdos que no se olvidan, influyendo poderosamente y de una manera difícil de evitar en las simpatías del que discurre y escribe. Ninguna unión abre en nuestro concepto tan de par en par las puertas del sentimiento como el matrimonio realizado según el espíritu y las leyes del Evangelio. Séanos lícita esta declaración prematura, cuyos fundamentos justificaremos más tarde en debida forma.

Acostumbrados nosotros á esa poesía que tienen los ideales, sobre todo cuando arrancan espontáneamente del fondo mismo de una realidad objetiva; acostumbrados á la gratisima perspectiva de un amor puro, símbolo de verdadera igualdad moral entre ambos sexos y satisfacción de las más halagüeñas y legítimas pasiones; acostumbrados al espectáculo del hombre que toma á la mujer de su predilección por compañera y amiga, decidido á hacerla participe de todas sus alegrías, buscando en ella consuelo en sus contrariedades y sinsabores, y confundiendo

con ella su destino en una unión indisoluble y santa; acostumbrados á la emoción de la virgen, de la joven candorosa, halagada por las frases de admiración que inspiran su inocencia y su belleza, encanto de sus padres y reina de la familia, lisonjeada por la sociedad que justamente la aplaude al verla buscar en el amor el amparo de su castidad, el abrigo para su flaqueza y la energía contra las asechanzas del mundo, hemos de confesar que tal espectáculo nos conmueve y no encontramos posibilidad de negarle las seducciones grandísimas que tiene.

Y cuando nos fijamos en el hijo, meciéndose en el cariñoso regazo de su madre, sano ó enfermo, lloroso ó risueño, siempre acariciado y querido, siempre el mayor consuelo en todos los acerbos dolores, siempre la delicia de la que le dió el sér y la vida; cuando vemos los espontáneos arranques de amor filial por una parte, y por otra oímos los entrañables consejos del padre que abre á su vástago las puertas de una sociedad donde se lucha, sí, pero en la que hay una Providencia á la que puede invocarse y cuyos decretos en todas las circunstancias se acatan; cuando vemos que el amor que brota de la familia cristiana, además de comunicar fuerzas para el dolor y de mitigar todos los infortunios, es el manantial de los mayores placeres y de las más consoladoras dulzuras, hemos de confesar ingenuamente que algo hay ya de juicio preconcebido en nuestra manera de ver el tipo de la sociedad doméstica bajo el prisma del cristianismo.

No discutimos aquí la universalidad de la regla. No importa que sean muchas las excepciones. Precisamente esto ha de formar también parte del estudio que emprendemos. Nuestro tipo es el mismo que sedujo á Chateaubriand ¹, cuando decía: «La esposa del cristiano no es una simple mortal, es un sér extraordinario, misterioso, angélico; es la carne de la carne, la sangre de la sangre de su esposo. Al unirse el hombre á ella, no hace otra cosa más que recobrar parte de su propia sustancia; tan incompletos son, sin la mujer, su alma como su cuerpo; él

1 *Génie du Christianisme*, cap. X.

tiene la fuerza y ella la belleza; él lucha contra el enemigo y labra el campo de la patria, pero no entiende nada de los detalles domésticos y necesita que la mujer le sazone su comida y le prepare su cama. Cuando tiene penas, allí está la compañera de sus noches para calmarlas; cuando los días son de prueba y la desgracia los turba, encuentra castas caricias en el lecho y todos sus males olvida. Sin la mujer, sería rudo, grosero y solitario. La mujer suspende alrededor de él las flores de la vida, como esas plantas trepadoras de las selvas que adornan el tronco de las encinas con sus perfumadas guirnaldas. Finalmente, el esposo cristiano y su esposa viven, renacen y mueren juntos; juntos educan á los frutos de su unión; al polvo de la tierra vuelven juntos, y juntos vuelven á encontrarse más allá de los límites de la tumba.»

Pero ni la poesía ni los sentimientos particulares son pruebas fehacientes, y nuestras opiniones han de basarse en argumentos de más peso.

*
* *

Desapasionado raciocinio es lo menos que puede exigir la crítica tratándose de un asunto de tamaño importancia, como el que nos ocupa. Para compenetrarnos de la verdad, fuerza es prescindir en lo posible de impresiones fundadas en simpatías más ó menos legítimas, pero anteriores al auto que cita á testigos y admite pruebas.

Los hechos habrán de descubrirnos, con su incontrastable elocuencia, la enseñanza que de ellos se desprende y la filosofía que en sí mismos encierran. Abriremos, pues, el gran libro de la Historia, que es antorcha de las ciencias sociales, y buscaremos en sus instructivas páginas, en las que todos los siglos y todos los sistemas han dejado su huella, el organismo que mejor responda á la idea de moralidad y mejor contribuya á la prosperidad de los Estados y á la civilización del mundo, ya que tales son los términos del desarrollo del tema que la ACADEMIA ha propuesto.

Nuestro plan es muy sencillo.

1.º Seguiremos los pasos de la constitución de la familia primitiva y de la familia en la barbarie, no bajo la influencia de una idea política ó social preconcebida, como acontecer suele, sino consultando la razón en que se apoyan los críticos dignos de este nombre, y analizando las opiniones que mejor revelen y abonen la verdad del hecho. Luego, allá en el Asia, en los mágicos países del Oriente, reconocida cuna del hombre, estudiaremos el desenvolvimiento de la misma organización en los albores del paganismo, desde la Hircania al Golfo Pérsico, y desde la Armenia á las fértiles regiones bañadas por el Indo, ó sea en toda aquella parte del mundo antiguo conquistada por las victoriosas armas de Alejandro; nos trasladaremos después á distintas comarcas de la clásica Grecia; más adelante á los pueblos dominados por las legiones de la triunfante Roma, y en nuestra excursión quizás encontremos el mejor tipo de la familia pagana en el África de los colosos y de las soberbias pirámides, en aquella adelantada tierra de los Faraones de la que tantas enseñanzas para sus singulares instituciones hubo de sacar el pueblo hebreo, que aislado en el refugio de sus divinas creencias, tan raros ejemplos de sabiduría dió en la antigüedad á los hombres.

2.º Con todo empeño trataremos de seguir las vicisitudes de la familia desde los primeros tiempos del cristianismo hasta la invasión de los bárbaros, pasando luego al examen de sus manifestaciones y de su desarrollo durante las cruentas luchas y nebulosidades de la oscurísima Edad Media.

3.º Como se quiere que hasta la historia obedezca hoy á los fines particulares del narrador que á sus fuentes acude, y se pretende encontrar apoyos en elementos científicos y en hechos físicos novísimos y no demostrados, hemos de procurar rectificar lo que á rectificaciones se preste, valiéndonos siempre de los datos en los que menor impugnación quepa y universalmente admitidos por los historiadores modernos de más justa fama é indisputable renombre.

4.º Expuesto bajo el criterio de la verdad, que es en resumen

el del sentido común, el organismo de la familia pagana y el de la familia cristiana, la comparación ha de presentar espontáneamente al buen juicio público la influencia de las instituciones respectivas en la moral, en la civilización del mundo y en la prosperidad de los Estados.

5.º Finalmente, ha de prestar no poca luz en el debatido asunto el estado social contemporáneo, en lo que á la familia se refiere, entre las encontradas controversias filosóficas y hasta entre las legislaciones disconformes de nuestros mismos días. No parece fuera de propósito una ojeada dirigida á juzgar el alcance de ese neo-paganismo, que surge hoy de las porfiadas luchas del socialismo contemporáneo, y aspira á una evolución incesante con su culto á un ideal de la igualdad que legítimamente no puede extremarse, en la forma solicitada, á nombre del derecho y de la justicia.

La única y más valiosa promesa que, para terminar este prólogo, en nosotros cabe es la de proceder con franca lealtad y sinceras convicciones en el relato. La exposición imparcial y veraz de los hechos será una de las premisas, quizás la más importante, de las que puedan conducirnos á consecuencias que con todo empeño anhelamos resulten ajustadas á una lógica irrefutable.

Nada más puede esperarse de nosotros, fuera de esas condiciones de recto pensar y buen deseo.

LA FAMILIA EN LA BARBARIE

CAPÍTULO PRIMERO

I

Incidentes previos.

Algunos años hace que un académico tan distinguido en el foro como de muy honrosa notoriedad en la política, Alonso Martínez —Excmo. Sr. D. Manuel,— consagró un libro á *la familia*¹, libro pensado y escrito con la erudición, lucidez y fuerza de raciocinio que todos reconocemos en dicho autor. Partiendo el Sr. Alonso Martínez de la filosofía del derecho familiar, y presentándonos un resumen de la historia comparada de la familia, muchos puntos dilucidó en el desarrollo de su interesante tema, y aun puede decirse que deja reducido nuestro trabajo — ya que no á controvertir opiniones que en su mayoría quizás sean también las nuestras — á espigar en los campos de la cosecha ajena los tallos abandonados entre el rastrojo.

Buscando, sin embargo, nosotros alguna novedad, ya que no en las deducciones que arroja la cuestión debatida por el señor Alonso Martínez, en la exposición de la materia y en su demostración práctica; estudiando más particularmente el tema

1 Memoria leída en la *Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*.— Madrid, imprenta de A. Flórez y Compañía, 1875, 3.^a edición.

presentado por la ACADEMIA, y concretando en lo posible sus términos, hemos de separarnos bastante del plan seguido por el jurisconsulto que en el camino nos precede.

Tiene por principal objeto aquella citada Memoria á que nos referimos el estudio del desenvolvimiento del deber y de la libertad en el organismo social; el estudio de la realización del derecho en el gran teatro de la vida, proclamando que son errores fundamentales las teorías de las ilimitadas aspiraciones del individuo, y sosteniendo que la familia es un hecho necesario, independiente y superior á las voluntades; un hecho primitivo, constante, universal y tan antiguo como la humanidad misma. Para ello, dicho escritor investiga las ineludibles inclinaciones de un amor que se impone, el nacimiento del niño, su debilidad primera, sus necesidades y también sus derechos, limitados éstos por el poder y los deberes de los padres; investiga la unidad y solidaridad de la familia, la tutela del huérfano, las obligaciones de los cónyuges entre sí, y dejando á un lado, por muy poco seria tal vez, la refutación del positivismo contemporáneo, llega á relacionar la naturaleza del matrimonio con el derecho del individuo y la legítima intervención del Estado en las instituciones familiares. Y si á grandes rasgos intenta luego trazar el organismo histórico de la familia, es solamente para armonizar la enseñanza práctica con sus conclusiones teóricas, proclamando en definitiva el influjo de la conciencia, de la revelación, de la tradición y de la ciencia en el desenvolvimiento de su idea capital, que es la idea del derecho.

Es cierto que para probar su tesis, el mismo ilustre académico nos presenta las costumbres matrimoniales de malayos é isleños de Van-Diemen, cafres y etíopes, mongoles y japoneses, árabes y chinos, haciendo además una excursión al antiguo Egipto y hasta á los países más renombrados de Oriente y á las clásicas tierras de los griegos y de los romanos. Pero declara sabiamente, y en primera línea, que son escasas, incompletas y contradictorias las noticias que nos dan algunos viajeros de veracidad dudosa, acerca de las instituciones y costumbres de las tribus bárbaras ó de las hordas salvajes de

nuestros días; confiesa que no cabe en esta parte originalidad ni certidumbre, y que éste su trabajo es un compendio del *Tra-tado de legislación* de Compte, en lo concerniente á la familia, habiendo evacuado algunas de las numerosas citas de aquel erudito autor, citas que ha encontrado ser exactas. La observación es oportuna; porque ha resultado después que esas mismas citas, esas costumbres descritas de otra manera ó apreciadas bajo otro prisma y con otras tendencias, han servido también para juzgar con distinto criterio el modo de existir de la familia primitiva.

Un viajero, Colins, por ejemplo, habia observado que, entre los habitantes de la Nueva Gales del Sur, el hijo en la lactancia era enterrado vivo con su madre, si ésta llegaba á morir ¹, y tal observación, ú otras análogas, han bastado á algunos sociólogos para afirmar que, con anterioridad al patriarcado y á la poligamia, hubo una filiación exclusivamente materna, cierta época de preeminencia de la mujer en la familia, época de promiscuidad llamada del *matriarcado*, en la que el matrimonio era todavía imposible, y los hombres, sin aptitud para los trabajos locales, se dedicaban á luchas y tráficos en apartadas tierras, mientras que la mujer tenia sola el cuidado de los hijos, labraba la tierra y cosechaba, matando la prole cuando no pudo cuidarla ó mantenerla ².

Obligados nosotros á comparar la familia cristiana con la pagana y á deducir de esta comparación la influencia de los distintos organismos en el bienestar público y en la preponderancia del Estado, parécenos que nuestro objetivo ha de fijarse menos en el estudio de los fundamentos del derecho, menos en el esclarecimiento de las cuestiones que éste abraza, relativas á la constitución de la familia, que en las filosóficas consecuencias que sobre este particular se deduzcan legítimamente de la

1 MALTHUS, pág. 17.

2 Pueden verse muchas obras modernas, con teorías más ó menos atrevidas, tales como la titulada *Organisation de la famille*, por LE PLAY; *Les Origines du mariage et de la famille*, por GIRAUD-TEULON, y otras de que más adelante hablaremos.

historia. Aun así reducida, no puede ser más extensa ni interesante la tarea que emprendemos. Sólo será posible hacernos cargo de las grandes líneas que den idea de las *costumbres* matrimoniales, pues éstas abrazan toda la parte relativa al estado civil, al poder paterno, al derecho de las mujeres, á la tutela de los menores, á la emancipación, al repudio ó al divorcio, á las sucesiones, etc., y claro es que no puede consignarse extensamente en un libro de las condiciones del nuestro toda la parte más vasta y compleja del derecho civil de los Estados que aparecieron y se han sucedido en el mundo.

Por otra parte, si para formar juicio acerca de la situación de los hombres en la barbarie, fundándonos en hechos coetáneos, merecen poca fe algunas apasionadas ó contradictorias relaciones de viajeros modernos sobre las costumbres de los actuales pueblos incivilizados, no es éste un hecho de tanta importancia como á primera vista parece; porque esas mismas costumbres, sean cuales fueren, sufren necesariamente consecutivos aunque paulatinos embates, y se modifican cada día al contacto de los inquietos pueblos de la culta Europa y de la activa América que, con incansable ansiedad, no cesan de romper istmos, cruzar lejanos mares, explorando islas y continentes del Este al Oeste, del Norte al Mediodía del mundo. Serán, indudablemente, exactísimas las varias citas hechas por el sabio Compte para fijar la descripción general de la familia en cada una de las partes donde existen ó existieron tribus incultas; pero, aparte de la razón más ó menos fundada en los paralelos, y del justo discernimiento de los viajeros citados por el mismo, veinte años, diez años bastan á veces para introducir alteraciones etnológicas profundas, que no se vieron antes, no pudieron, por consiguiente, contarse, ni pueden servir de base firme para ciertos cálculos, pues será difícil suponer siempre en aquellos narradores toda la lealtad imaginable y la ilustración debida para apreciar los hechos y no confundir con los casos más comunes los aislados ó meramente particulares. Véase, por ejemplo, lo que pasa en las islas Sandwich. Se dice que aquellos isleños fueron encontrados por los navegantes de fines del siglo

pasado en la más profunda barbarie, idólatras y llenos de sanguinarios instintos. Después de varias tentativas, algunos misioneros de los Estados Unidos consiguieron en 1832 ser recibidos allí, y su propaganda fué tan fructuosa que han implantado el Evangelio y la civilización que representa. Hace ya muchos años que aquellos salvajes se han vuelto hombres cultos, teniendo hoy escuelas muy concurridas, buenas imprentas, grandes fábricas y mucho comercio; se reúnen en la iglesia para asistir á los oficios, en vez de degollar hombres en aquellos horribles altares que parece adornaron con cráneos de enemigos y huésoos humanos; tienen leyes, administración y jurado; han renunciado á la promiscuidad de mujeres, y conocen la santidad del matrimonio. ¿Dónde están hoy las pruebas históricas y fehacientes de la vida que con anterioridad tuvieron como pueblo, y dónde encontraremos ya todos los detalles de su salvaje organización primera? Lo mismo podríamos preguntar de otros varios países.

Conste, pues, que no pasan de simples incidentes, en esta relación á que damos principio, las curiosas referencias etnográficas ó etnogenéticas de los viajeros, cuando en el estudio de la familia en la barbarie citemos costumbres de pueblos hoy salvajes ó sumidos todavía en la ignorancia propia de las naciones que pueden llamarse primitivas. No queremos partir, ni por acaso, de meras hipótesis, ni olvidamos que nuestro trabajo, según dicho queda, consiste ante todo en la investigación de las evoluciones realmente históricas que determinan el mayor desenvolvimiento de la civilización humana.

II

Origen de la familia.

¿No ha de comenzar la historia de la familia, no hemos de buscar su origen en la primera pareja que apareció en el mundo?

Pero, ¿existió esa primera pareja humana de la que se supone descendemos? — Aunque nos salgan al encuentro, con el famoso Darwin por guía, todos los expositores de la doctrina del evolucionismo; aunque algunos naturalistas de renombre nos presenten con aire de triunfo datos físicos y aun razones psíquicas en apoyo del origen *pithecoideo* del hombre, ya sabemos que no hay posibilidad de resolver experimental ni racionalmente las misteriosas y múltiples cuestiones relativas al origen de los seres.

Todo es hipotético, cuando en el alma no se anidan creencias religiosas. ¿Quién produjo, ó cómo se produjeron los primitivos hombres? ¿Cuántas fueron las primitivas familias? He aquí problemas insolubles en el limitado terreno de la ciencia.

Conocida y antigua es la lucha entre el positivismo y lo dogmático. Los racionalistas y materialistas, en nombre de la ciencia, han pretendido destruir la fe. Los creyentes, sin rehuir la demostración científica en todo lo que por su naturaleza sea discutible y humanamente demostrable, no abandonan el terreno á donde se les cita, antes buscan en él pertrechos, y lo más singular es que conservan admirablemente allí sus posiciones. Esto prueba, cuando menos, que la ciencia no ha dicho y está todavía muy lejos de decirnos su última palabra.

«Para el creyente — dice el distinguido biólogo Sr. D. José de Letamendi en una de sus más eruditas é ingeniosas disertaciones¹, — para el creyente la verdad es una, tanto más una cuanto más arraigada tiene la fe en su corazón; y en medio de la elaboración penosa, penosísima, de las verdades científicas,

¹ Discursos pronunciados en el *Ateneo Catalán* en las noches del 13 y del 15 de Abril de 1867. — Imp. de Ramírez, Barcelona.

considero la más insigne imprudencia el querer pasar *balance diario* de la armonía entre esas verdades y la Verdad eterna; sólo en el último día de la civilización podrá tener valor definitivo tan difícil arqueo, y ese último día no es por cierto *ayer* ni *hoy*, únicos mojones de la jurisdicción real y positiva de la ciencia. Proceder de esta suerte es exponerse á que cualquier día salga un Voltaire, y con su BIBLE ENFIN EXPLIQUÉE, se burle de ciertas armonías antes halladas, y que el movimiento de su tiempo parecía desvanecer; es dar lugar á que otro día parezca un Marcel de Serres que ponga en evidencia, á favor de descubrimientos posteriores, las *vaciedades* de Voltaire; es, en fin, proceder de esta suerte, dar ocasión á que en todo tiempo aparezcan hombres serenos que, persuadidos de lo mudable de la humana ciencia en punto á los hechos y á su interpretación, se rían grandemente, como yo mismo me río, de los Voltaire, sin que por esto respeten á los Marcel... »

Si el darwinismo no ha encontrado todo el apoyo que quisiera en la paleontología para explicar el origen del hombre, dejemos á un lado las mil dudas no resueltas aun por los polemistas que sustentan las teorías del protoplasma, de la selección natural, y explican á su capricho las oscilaciones de los caracteres morfológicos¹; abandonemos á ulteriores debates tantos y tan oscurísimos problemas, limitándonos á explicar, como hizo Ariosto, el origen del hombre, la obra maestra del mundo:

Natura il fece, è poi ruppe la stampa.

1 Para apreciar algún tanto el poco luminoso, ó mejor dicho, confuso estado del debate, no sólo debe conocerse la teoría de mister Charles Darwin, expuesta en su obra *On the Origine of Species, by means of natural selections, or the preservation of favoured in stuggle for life*, sino también la crítica de P. Flourens titulada *Examen du livre de M. Darwin*, etc. No sólo debe conocerse la teoría de Geoffroy Saint-Hilaire, explanada en su libro *Principes de Philosophie zoologique*, sino también la controversia expuesta por el mismo P. Flourens en el opúsculo *De l'unité de composition, et du débat entre Cuvier et Geoffroy Saint-Hilaire*. Para todo lo rigurosamente científico relativo á generación en el reino animal, puede consultarse el tomo VIII de la segunda parte de la obra de Milne Edwards *Leçons sur la Physiologie et l'Anatomie comparée de l'Homme et des animaux, faites á la Faculté des Sciences à Paris*.

Lo hizo la naturaleza, y de entonces acá guarda el secreto. Y como vemos que tocante á los primeros padres del linaje humano, la ciencia real y positiva, en su actual estado, declara la *posibilidad* de la familia única, no alcanza á probar su imposibilidad, ni da razón alguna que haga necesaria la multiplicidad, opinando muchos y reputadísimos naturalistas que todos los hombres descendemos de una sola pareja, no puede negarse, científicamente hablando, que de Dios sean obra directa el macrocosmos y el microcosmos, el mundo y el hombre.

La cuna de la humanidad no puede ser el Asia, como se creía hace medio siglo —añaden otros impugnadores de las creencias tradicionales, aquellos que llevan su positivismo á la negación de las cuestiones históricas;—no puede tampoco estar en el África, como supuso Darwin, ni en una atlántida sumergida en el Occidente, ni en ninguna de las tierras del otro lado del ecuador, ni siquiera en la actual zona templada, sino únicamente en las grandes tierras australes, donde, cuando los tres continentes superiores estaban inhabitables por el excesivo calor, ha debido reinar una temperatura media y favorable al desarrollo de la flora y de la fauna, del sistema nervioso y de la inteligencia ¹. Pero, ¿por qué razón, decimos nosotros, volvieron siempre la vista á Oriente los sabios de todos los países? El filósofo que duda no suele estar siempre más en lo cierto que el pueblo que cree. ¿Qué historiadores filósofos pueden presentarnos datos ciertos contra las opiniones generalmente admitidas sobre el origen de la sociedad, de la familia, y acerca de los primeros pasos de la civilización del mundo? El mismo Laurent en sus *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*, tan poco dado al tradicionalismo, nos dice que la ciencia en su camino lento y medurado concluye que, en el estado actual de nuestros conocimientos históricos, el problema de la generación de los pueblos y de la cultura es científicamente insoluble.

1 Véase la revista italiana *Nuova Scienza*, año 1884, pág. 248, en un artículo publicado bajo el título *La Culla della Umanità*, del docto profesor Caporali.

Al creyente le basta suplir los defectos de la ciencia por medio de las narraciones bíblicas, mayormente cuando los más eminentes filólogos se inclinan á reducir á un solo tipo y á una sola lengua, que radica en el Asia, todos los diversos idiomas de los antiguos pueblos.

No se trata, pues, de obcecaciones rutinarias. Hay necesidad de acudir al primer documento histórico que de los divinos hechos nos habla. Abramos el libro de los libros que la tradición mosaica perpetúa al través de los siglos, y veamos cuáles son sus revelaciones, ya que nada mejor nos dicen los sabios.

La Biblia—sin embargo de haber sido acusada de fábula por naturalistas poco serios que, sin estudiarla ni conocerla, le negaron autoridad y pusieron sus afirmaciones al nivel de los limitadísimos conocimientos de un siglo de ignorancia—la Biblia es y será la eterna piedra de toque del filósofo, dando poética y admirable solución á los grandes enigmas, en los que se confunde la inteligencia del hombre.

El inspirado libro de Moisés, el GÉNESIS, nos dice con una poesía admirable y una sencillez pasmosa al llegar al sexto día de la creación del mundo:

«Creó Dios al hombre á su propia imagen; á imagen de Dios
»creó al varón y á la hembra.

»Y los bendijo, diciendo: Creced y multiplicaos; llenad la
»tierra y sojuzgadla; tened señorío sobre los peces del mar, so-
»bre las aves del cielo y todos los animales que viven en la
»tierra ¹.»

No puede darse origen más respetable, preeminencia más alta, ni más noble destino. Pero las palabras verdaderamente sorprendentes y maravillosas son las que fijan la institución de la familia de una manera que no habían de acertar á corregir

1 "27. Et creavit Deus hominem ad imaginem suam: ad imaginem Dei creavit illum: masculum et foeminam creavit eos.

„28. Benedixitque illis Deus, et ait: Crescite et multiplicamini, et replete terram, et subjicite eam, et dominamini piscibus maris, et volatibus cœli, et universis animantibus quæ moventur super terram.,—*La Santa Biblia* por Scro, tomo I, c. I.

nunca los más profundos legisladores de la tierra. Dice así el relato bíblico:

«7. Formó el Señor al hombre de barro de la tierra; inspiró en su frente un soplo de vida, y quedó hecho el hombre con alma viviente.

»18. Dijo también el Señor Dios: No es bueno que el hombre esté solo: démosle una compañera semejante á él...

»21. Por tanto, el Señor hizo caer á Adán en un profundo sueño; y habiéndose éste dormido, tomó Dios una de sus costillas y puso carne en su lugar.

»22. Y convirtió Dios en mujer la costilla que había tomado de Adán, y se la presentó al hombre.

»23. Y dijo Adán: Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne: se llamará *Virago*, porque del varón fué formada.

»24. Y el hombre dejará á su padre y á su madre para unirse á su compañera; y siendo dos, no serán más que uno ¹.

Bien se ha dicho que, aunque el Génesis no fuese un libro inspirado, el origen que Moisés atribuye al hombre y la manera como instituye la primera familia serían siempre una concepción elevada, científica y propia de un profundo sabio, el arranque de un gran genio. ¿Puede formularse de una manera más sencilla y en conceptos más elocuentes la unidad, la indisolubilidad, el fiel y mutuo cariño y la natural dependencia que en la unión conyugal exigen y han exigido en todos

1 «7. Formavit igitur Dominus Deus hominem de limo terræ, et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ; et factus est homo in animam viventem.

„18. Dixit quoque Dominus Deus: Non est bonum esse hominem solum: faciamus ei adjutorium simile sibi.

„21. Immissit ergo Dominus Deus soporem in Adam: cùmque obdormisset, tulit unam de costis ejus, et replevit carnem pro ea.

„22. Et ædificavit Dominus Deus costam, quam tulerat de Adam, in mulierem: et aduxit eam ad Adam.

„23. Dixitque Adam: Hoc nunc, os ex ossibus meis, et caro de carne mea: hæc vocabitur Virago, quoniam de viro sumpta est.

„24. Quamobrem relinquet homo patrem suum et matrem, et adhærebit uxori suæ; et erunt duo in carne una.»—*La Santa Biblia*, tomo I, cap. II.

tiempos los más eminentes legistas, los más preclaros definidores del derecho?

El tipo de la familia que nos presenta el Génesis no resulta ciertamente en apoyo de los que creen el progreso indefinido y desarrollándose sólo al través de los siglos. Aquel tipo de la familia adámica, con las firmísimas bases de alta moralidad en que descansa, era ya perfectísimo en los primeros tiempos; y hoy constituye todavía el bello ideal de los pueblos ilustrados, el poético idilio soñado también por muchos de los más entusiastas amigos y admiradores de todas las conquistas y evoluciones modernas. Siempre resulta eterna y veneranda en la región de las ideas toda institución cuyas bases sean la belleza y la justicia, aunque por desgracia de los tiempos y por sensibles intermitencias haya perdido mucho terreno en las livianas costumbres.

Pero difícil tarea es la educación del hombre, y su corazón fué siempre impresionable en exceso, voluble é inclinado á los errores. No es extraño que los descendientes de Adán se nos presenten muy luego degenerados á impulso de las pasiones, poco cuidadosos de las enseñanzas y ejemplos de sabiduría, y olvidadizos de las grandes tradiciones y de los divinos mandatos. La Biblia nos dice, en efecto, que después de Adán hubo hijos de Dios é hijos de los hombres. El amor atrajo á los hijos del justo Seth hacia las seductoras hijas de los Cainitas, y la raza nacida de estos viciosos enlaces fué corrompiéndose. Todas las virtudes llegaron á olvidarse por las frecuentes alianzas y el mutuo trato; y á excepción de muy pocas y privilegiadas familias, el mundo cayó en la degradación más espantosa.

Quiso el cielo exterminar entonces á los culpables, y los últimos restos del género humano, flotando en el arca y libres de la universal catástrofe, vinieron á parar al pie de una montaña de la Armenia. Allí es donde los descendientes del Patriarca predilecto recibieron la bendición de Dios acompañada del eterno precepto: *Creced y multiplicaos.*

III

Degeneración social.

Noé y sus tres hijos, Sem, Cam y Jafet, son pues, según la Biblia, los nuevos padres de los hombres. Se multiplicaron éstos de una manera milagrosa, hasta el punto de no haber ya en las risueñas llanuras de la Mesopotamia. Antes de separarse — añade el sagrado libro — quisieron levantar un monumento de su fuerza inmensa para vencer el destino y hasta escalar el cielo; pero su orgullo fué desagradable á Dios, quien confundió sus lenguas, obligándoles á dispersarse sobre el haz de la tierra. Su industria varió, según los lugares y la ley de la necesidad imperiosa. Sus costumbres se modificaron también á los vaivenes del tiempo y de las pasiones, siendo muchas las familias que, después de haber perdido nuevamente la memoria de su noble origen, pararon poco á poco, si no en el salvajismo, en el más deplorable estado de barbarie.

Triste cuadro presenta la familia humana en la barbarie.

Es evidente que el matrimonio, lazo impuesto por la naturaleza, no debe considerarse como exclusivo resultado de la ley, y libres han de ser hasta cierto punto las inclinaciones; pero es también seguro que llegan á ser casi nulos los afectos de la sangre, cuando el espíritu inculto y libérrimo hasta la licencia está dominado por la fuerza bruta, y cuando los goces de la materia, los apetitos groseros, embrutecen á ignorantes tribus y perturban á miserables pueblos. Los vínculos matrimoniales casi no existen entonces; los actos de la carne no tienen más significación que la de cubrir una necesidad física; el adulterio no se considera como delito, y las mujeres casadas, y también las solteras, llegan á prostituirse, para mostrar su hospitalidad ó por consideración humana al primer advenedizo, á los extranjeros, en sus propias casas, en las hospederías públicas ó bien en los templos.

No hay que acudir para buscar ejemplos prácticos de degradación primitiva á esas tribus, todavía hoy en estado de

verdadero salvajismo, tribus que los viajeros nos representan vagando en grupos por las selvas vírgenes de la Oceanía, ó aislándose en bandas independientes, acostumbradas á vivir como fieras, desnudos sus individuos y refugiados en las toscas chozas del casi desierto valle ó en las cuevas formadas por los peñascos de la ribera. No hay que visitar ciertas alturas africanas, al Norte del Cabo de Buena Esperanza, en las regiones de la Hotentocia, para encontrar familias sin ley y apenas sin subordinación alguna, hombres sólo intrépidos, fuertes y diestros para preparar golpes de mano, asechanzas, emboscadas y liviandades. No hay que recorrer siquiera ciertos pueblos de América de carácter más tímido y suave para ver nuevos tipos de despreocupada ignorancia, de afeminación excesiva y de muy fáciles amores. También en países de civilización más adelantada aparecen lamentables y groseros extravíos en las costumbres familiares; también en la Biblia, libro que á mano tenemos, se leen relaciones verídicas y elocuentes, y vemos la degeneración moral de la familia, degeneración muy enlazada antiguamente con los progresos de la idolatría. El cuarto libro del PENTATEUCO, es decir, el llamado de los *Números*, principia uno de sus capítulos presentándonos á las mujeres é hijas de los moabitas, por cierto las más hermosas, acudiendo á los campamentos y entregándose á los israelitas para atraerlos al culto de los falsos dioses ¹. Hasta se nos habla de uno de los hijos de Israel, Zambri, hijo de Salú, caudillo de la parentela y tribu de Simeón, que cede á desordenados apetitos ante el mismo Moisés y todos los israelitas con una mujer llamada Cozbi, hija de Sur, nobilísimo príncipe de Madián ². No son éstas las únicas citas históricas que tenemos registradas. Pero, limitándonos ahora á hechos contemporáneos, muy oportunos para fijar las manifestaciones constantes del estado de barbarie, basta recordar

1 "1. Morabatur autem eo tempore Israel in Settim, et fornicatus est populus cum filiabus Moab.

"2. Quæ vocaverunt eos ad sacrificia sua. At illi comederunt et adoraverunt deos earum.—*La Sagrada Biblia*, los *Números*, cap. XXV.

2 Los *Números*, cap. XXV, versículos 6, 14 y 15.

algunas noticias geográficas del día. Varios exploradores afirman que los lapones se creen honrados cuando un extranjero acepta su cama y sus mujeres. Es también creencia general que los abisinios de las clases superiores se entregan públicamente en los banquetes á impúdicos excesos, que algunos africanos viven en comunidad de mujeres, y consiguado está que la reina de Haiti, sin escándalo de sus súbditos, tenía hace algún tiempo la fantasía de abandonarse á los siervos encargados de llevar su silla de mano ¹. No deben, pues, extrañarnos los actos brutales referidos por Herodoto de los agatirsis y de los messagetas. Hasta los más eminentes expositores de la novísima ciencia prehistórica, de acuerdo en esta parte con los viajeros, tienen empeño en presentarnos con caracteres de ferocidad y salvajismo al *hombre primitivo* ².

La barbarie familiar presenta, sin embargo, fases de costumbres menos libidinosas, aunque siempre con evidentes caracteres de rudeza. Hay época y hay pueblos en que se da á las jóvenes extremada soltura, perdiendo éstas, desde el momento mismo de su enlace, toda la libertad que sin límites disfrutaron antes de tener esposo. Eran libres cuando solteras y quedan luego esclavas, sometidas al imperio de la fuerza y á una severidad rigurosa, siempre á las órdenes del despótico y celoso señor que, sin más miramiento que sus placeres, las aherroja. Ejemplos de este proceder nos ofrece hoy la raza malaya. Cuéntase que la joven soltera es allí libre en todas sus acciones, aunque su padre puede también prestarla, darla ó venderla, según le plazca; pero destinada luego á los sensuales goces de un solo hombre, la casada pertenece en absoluto á su esposo, quien de ella dispone ya á capricho, condenándola siempre á pagar con su sangre la infidelidad á los maritales amores. De aquella raza malaya se dice que los aristócratas tratan de asegurar la castidad

1 *Viaje de los misioneros al Océano pacífico*.—Bibl. brit., t. XVIII.

2 Véanse LUBBOCK en su obra *The man before the history*;—LE-HOW HENRI, *Temps antdiluviens et préhistoriques; L'homme fossile en Europe, son industrie, ses mœurs, ses œuvres d'art*, Bruxelles, Maquardt et Reiwaldt, 1867, y otros autores.

de sus mujeres contra toda amorosa tentativa de los plebeyos con la sagrada ceremonia del *tabú*, acto religioso, interdicción solemne pronunciada por los sacerdotes para que nadie toque ni aun mire á la persona sobre quien recae, castigándose severísimamente al que osare arrostrar el anatema y faltare á la mujer que el *tabú* escuda.

Los franceses dan muy parecidas noticias de las costumbres de los indígenas de la Nueva Caledonia, isla que nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos colonizan en la Oceanía. Aquellos indios se encuentran en atrasadísimo estado, hallándose reducido todo su traje á un lienzo para cubrir y defender sus partes sexuales. Celebran apasionadamente y hasta con delirio grandes fiestas, á las que acuden tribus enteras, haciendo á pie más de veinte leguas para tomar parte en aquellos regocijos que ofrecen particularidades notables. Se verifican las fiestas durante los meses de Abril y Mayo, mientras se recolecta la batata, y suelen consistir en grandes danzas que duran toda la noche, ordenadas por el jefe de la tribu y precedidas de alegres convites en los que abundan los mariscos, la tortuga y la caña de azúcar. Hace unos veinte ó veinticinco años que nunca faltaba carne humana en tan divertidos banquetes, y se llegaba á decir, cuando sucedía lo contrario, que la alegría no resultaba completa. La víctima sacrificada era siempre algún ladrón ó una adúltera cogida *infraganti*, pues el robo y el adulterio son los dos crímenes que más horror inspiran á aquel pueblo, crímenes castigados siempre con la pena de muerte. La prensa francesa nos ha referido un hecho bastante reciente y corroborado con el testimonio de muchas personas, vivas aún, que lo presenciaron. El oficial de guardia en un sitio cercano al mar, oyendo durante la noche gritos desgarradores y agudísimos que partían de un pueblo canano, residencia entonces del jefe de la religión llamado Grandin, envió varios soldados á indagar la causa de tal ruido á aquellas horas, y la patrulla pudo salvar de la muerte á una mujer convencida de adulterio que, atada á un árbol, iba á ser blanco de las flechas disparadas por los tayos.

También es cierto que, en desquite de la severidad con que han de ser tratadas las indígenas una vez casadas, procuran, antes de que la unión se efectúe, gozar de una libertad completa y extremada de ordinario hasta la licencia.

Análoga condición es, al parecer, la de las mujeres de los cafres y de otros pueblos de raza negra, que viven como pastores, cazadores ó guerreros en la costa africana. Es lícita la poligamia entre los cafres; y las mujeres, verdaderas esclavas, labran la tierra, siembran y cosechan, tienen sobre sí la tarea de construir sus habitaciones y de fabricar los muebles necesarios á la familia, viéndose en premio de su trabajo aisladas con menosprecio y hasta maltratadas en sus dolencias habituales. Se añade que los hotentotes creen hacer un excelente negocio cuando dan una de sus hijas á cambio de una vaca..., y eso que las mujeres de la Hotentocia se entregan también á los más rudos trabajos; no se dan punto de reposo, y aun difícilmente consiguen así alguna benevolencia de sus viciosos señores que, considerándolas seres impuros y degradados, fuman tranquilamente, beben ó huelgan, sin consentir á las desdichadas comer lo que ellos comen ni habitar en sus grutas. Confirman igualmente los viajeros que el repudio es tan común como los tratamientos inicuos, y que hasta las madres se ven expuestas á los insultos de sus hijos, no considerándose nunca como efecto de una naturaleza pervertida los ultrajes á las mujeres, sino como fruto de una virilidad noble y laudable. Los seres débiles fueron siempre despreciables en el período de barbarie en que sólo domina la fuerza. Por esto matan ciertos salvajes á los huérfanos, evitándose así el espectáculo horroroso del hambre y de una prolongada agonía.

No quisiéramos, por los motivos ya alegados, ser prolijos en esta parte, y aun conviene consignar un nuevo dato. Se asegura que los etíopes de la extremidad central del África, sin distinguirse mucho de los anteriores bárbaros, relativamente á la constitución de su familia, ofrecen aquella particularidad enlazada con la singular teoría moderna del *matriarcado*, de que nos habló ya Herodoto, refiriéndose á pueblos antiquísimos del

Asia ¹, particularidad que tendremos que volver á examinar todavía en otra parte y que con bastantes pormenores reproduce el trabajo académico de que anteriormente hemos hablado. «El único rasgo especial sobre el que me permito llamar vuestra atención — dice en su Memoria el Sr. Alonso Martínez — consiste en que, al menos entre los príncipes y grandes de *Etiopia*, los hijos no siguen nunca la condición del padre, sino de la madre. Partiendo de la idea de que ésta es siempre cierta, mientras que aquél no, creen que la pureza de la sangre, la legitimidad y la nobleza sólo se transmiten por medio de la mujer; de modo que son príncipes los hijos nacidos de una hembra de sangre real, sea quienquiera su padre, mientras que los hijos de un príncipe no tienen otra categoría que la de su madre, siendo nobles ó plebeyos, según la clase á que ésta pertenezca. La infidelidad de una princesa no es nunca, por esta razón, una cuestión de Estado. Siendo el parto cierto, nadie disputa al príncipe su legitimidad. — Esto no obsta para que los padres tengan sobre sus hijos un poder sin límites, poder que no acaba, respecto de las hembras, sino cuando se casan, para ser entonces propiedad de sus maridos, que pueden venderlas, si son de un rango inferior al suyo. Las madres viven con sus hijos en una choza separada. Admitida como está la poligamia, el marido trata á todas sus mujeres por igual, ó como mejor le place, á excepción de las princesas; y cuando muere, pasan á ser propiedad de su heredero. — Los príncipes eligen á las mujeres á quienes se unen, sin consultarlas, como tampoco á sus padres, y las repudian ó las venden cuando llegan á hastiarse de ellas. Las princesas tienen también el privilegio de escoger marido á su gusto y cambiarle á su voluntad, aunque no pueden poseer más de uno á la vez. Lo regular es que toman uno rico, le arruinan, se deshacen de él, toman otro y le repudian después de haberle arruinado, y así sucesivamente. Los hijos no suceden nunca más que á su madre. — Las mujeres cultivan el campo, están encargadas de

1 HERODOTO, I, 173.

todos los cuidados domésticos y deben en general proveer á la subsistencia y á las necesidades de la familia. Los príncipes y princesas dominan á los grandes y los tratan con desprecio, hasta el punto de que pueden venderlos. A su vez los grandes tratan con mayor desprecio aun á sus vasallos; y en cuanto á las mujeres, como son los seres más débiles, no hay para qué añadir que forman el último peldaño del orden social; así es que no se presentan ante sus maridos sino en una actitud humilde, les sirven de comer, y no se alimentan sino de lo que desechan ellos. Este estado de abyección, igual al que se observa entre los malayos y los negros del Gran Océano, es común á todas las mujeres, á excepción de las princesas, y en sus molestias periódicas sufren en una cabaña aparte la misma reclusión que las de los pueblos cobrizos del Norte-América, no pudiendo comunicarse ni aun con la persona que las lleva el alimento ¹.» — Ya veremos más adelante á qué singulares teorías novísimas dan lugar estas noticias más ó menos exactas de los viajeros acerca de las que se llaman princesas, modernas amazonas africanas, que en cierto modo vienen á perpetuar hasta nuestros días la supuesta preeminencia del elemento femenino ó maternal de la familia antigua.

Fácil sería multiplicar citas, apoyadas en los variadísimos dichos de los que han visitado países incivilizados, para probar en resumen, como queda indicado, que las manifestaciones de la barbarie coetánea nuestra son parecidas á la antigua en todas partes, dándose los hombres y las mujeres á una brutal promiscuidad en el período de mayor incultura, y apoyando en el segundo el despotismo marital en el derecho del más fuerte. Mal se aviene la observación del estado salvaje con la creencia de los filósofos del siglo pasado que sostuvieron que el hombre en el primitivo estado de vida era libre, inocente, bueno y amante del orden y de la justicia, siendo los errores de nuestra sociedad la causa de que hoy sea discolo, perverso, egoísta, á

¹ *La Familia*, por el Excmo. Sr. D. M. ALONSO MARTÍNEZ, tercera edición, 1875, páginas 158-160.

la par que pobre y esclavo. «La naturaleza, decían, hizo al hombre bueno y dichoso, y la vida social lo deprava y hace miserable¹.» Verdad es que no merecen refutación los sofismas rechazados, bajo diferentes puntos de vista, hasta por jefes de libérrima escuela, como los alemanes Hegel y Strauss, los ingleses Stuart-Mill y Spencer, y los franceses Littré, Renán, Taine y otros.

El señorío absoluto del hombre sobre la mujer da luego origen al concubinato y crea los harenes. Viene entonces una tercera época en que el hombre compra para sus placeres las jóvenes vírgenes, y mediante vil precio las cede el padre, como cedería unos muebles que en la casa le estorbasen. Las solteras vienen así á ser propiedad de un marido que adquiere cuantas la costumbre, el afán de lujo ó el alcance de sus riquezas permiten, y aumenta además su número con las esclavas que se le antojan, eligiendo libremente entre ellas las concubinas que apetece.

En este estado, que encaja todavía perfectamente en el cuadro de la barbarie, el esposo sigue siendo un señor despótico, autorizado para condenar á las más rudas faenas á la que debiera ser su consorte. Ya hemos visto cómo en ciertos países idólatras é incultos de nuestros días subsisten aún todos los procedimientos más crueles; y la mujer no vive en la choza de su dueño, ni come en la misma mesa, estando encargada de los más penosos trabajos y hasta de la labranza. Dicese que algunos indígenas de la América Septentrional se disputan á las mujeres por la fuerza, y el más valiente ó el más afortunado las hace suyas, sin que ellas puedan por consiguiente rebelarse ni prestar voluntario amor, sino obediencia forzosa, á aquel en cuyo poder casualmente cayeron. Lamentable es también la condición de las mujeres de la isla de Van-Diemen, que nos pintan los viajeros lanzándose solas al mar para coger pesca y buscar comida para sus maridos, en cuya mesa nunca tienen asiento, y sirviendo otras veces de bestias de carga para el

1 *Lettre à M. Beaumont*, de J. J. ROUSSEAU, p. 24.

transporte del ajuar en los frecuentes casos de emigración á otros sitios. De las islas Aleucias, de Kamschatka y otras varias que sería inútil consignar, se nos refieren casi iguales costumbres, siendo siempre esclavas las mujeres y por regla general esclavos los hijos, quienes suelen vengarse á menudo, así que se encuentran en la plenitud de sus fuerzas, de los malos tratamientos de que han sido objeto en sus primeros años, maltratando á su vez á sus propios padres.

Abundantes son, por demás, en este tercer período de barbarie, los ejemplos de concubinato y de servilismo que nos suministra la historia profana y también la sagrada. El famoso Príamo, además de su esposa Hécuba, tenía 50 concubinas, al paso que el opulentísimo Salomón reunió 700 mujeres legítimas y 300 concubinas. Andrómaca prodigó sus cuidados al hijo que tuvo Héctor de una de sus esclavas, al propio tiempo que Sara entregaba ella misma á su esposo Abraham una de sus criadas. La sumisión de la mujer toca al servilismo con la imperfecta organización de la familia. Vemos á Rebecca bajar de su camello y prosternarse humilde, servilmente, delante de su esposo Isaac. Vemos que Raquel y Lía, hijas de Labán, guardan los rebaños como pobres pastoras, llevan pesadas cargas y tienen que ir á buscar agua á profundas y apartadas cisternas, á pesar de tener su padre muchos esclavos; y las mismas dos jóvenes son entregadas ó vendidas á Jacob á cuenta de catorce años de servicios, y admiten luego como fruto de su propia fecundidad á los hijos que su marido pueda tener de sus sirvientas.

Pero, á medida que la cultura aumenta, tiende la humanidad á mantener el matrimonio bajo el pie de la igualdad moral de ambos sexos, volviendo á la purísima doctrina expuesta en el *Génesis*, y anticipándose felizmente á la ley escrita.

IV

Escala del progreso.

Según lo que dicho queda, no son confundibles ciertos caracteres de la familia en el estado de barbarie.

Estos caracteres de imperfección están fundados en la *multiplicidad* en el matrimonio, principal circunstancia que pone trabas á todo cariño y forzosamente lo debilita. Como consecuencia de la multiplicidad, se derivan la *infidelidad* y la *disolubilidad*.

No necesita muchas demostraciones lo que decimos. Es siempre más perfecto todo lo que mejor contribuye á los fines de una institución dada. ¿Tiene por objeto la familia perpetuar la especie humana, habiendo de cuidar no sólo del desarrollo físico, sino también del adelantamiento intelectual y moral de los hijos? Pues claro está que tienen los padres obligación de educar, y que esta obligación, sumamente delicada y llena de exigencias, es tanto más perentoria cuanto más corto sea el plazo de la vida del hombre. Y este corto plazo nos indica que, en vez de ser conveniente que se formen cada día y andando los años nuevos lazos, á impulso de las pasiones — lazos que dan naturalmente al hombre, hasta en su vejez, nuevos y numerosos hijos de varias mujeres jóvenes, creando así simultáneamente y en un solo hogar doméstico distintas familias con tendencias é intereses opuestos — será siempre preferible, más fácil y eficaz consagrarse á una familia única, á la familia de una sola madre. Esta consideración tan general y sencilla basta, sin necesidad de acudir á razones fisiológicas, para hacer que sea moralmente recomendable la *unidad*, la *fidelidad* y la *indisolubilidad* en el matrimonio.

Por otra parte, es incontestable que la autoridad circunstancial del padre y de la madre ha de responder á las variadas necesidades de la educación de la prole. No es tampoco dudoso que esa autoridad de la familia haya de residir en primer término en el varón, nacido con carácter más reflexivo, menos

sensible, más fuerte y con innegable ascendiente en el alma tierna y apasionada de su consorte. Así aparece que la potestad paterna adquiere muchísimo rigor en la infancia de las sociedades, porque es el único elemento de orden público y privado; pero va restringiéndose á medida que se desenvuelve y crece el poder social, que en muchos casos viene á sustituir en parte á la única autoridad primera.

No nos separemos, sin embargo, del pensamiento principal de este capítulo para adelantar proposiciones que han de ser más oportunamente presentadas en otro.

Los vicios de multiplicidad, infidelidad y disolubilidad del matrimonio en estado de barbarie, vicios que engendran reprobables indiferencias, grandes odios y un sinnúmero de egoísmos y desórdenes, son más ó menos intensos; pero, figurando siempre dentro de la idolatría religiosa, están por regla general en relación inversa de los grados de cultura que la sociedad y la familia alcanzan.

Estos grados pueden clasificarse y dividirse, á nuestro entender, en la forma siguiente:

1.º Grado de *mayor abyección* en el que se desconoce toda idea de pudor; la mujer se prostituye, indiferente ó gustosa, por atenciones de hospitalidad ó deber de costumbre, pero siempre sin remordimientos ni reparo, considerando el adulterio como cosa natural y lícita. En esta época son debilísimos y casi no existen los vínculos de familia. El cuidado de los hijos pertenece exclusivamente á la madre, y la sociedad rudimentaria en que viven dispone arbitrariamente de ellos y á capricho. Ni existe verdadero amor entre ambos sexos ni es conocido el afecto de padre, no habiendo más que uniones accidentales á impulso de estímulos pasajeros. Es entonces desgraciadísima y se halla expuesta á toda clase de contingencias la vida del recién nacido y aun del joven en sus primeros años. No cabe educación humana y ha de ser necesariamente lentísimo todo progreso en este estado.

2.º Grado de *libertad absoluta* en la juventud, libertad que puede llegar á la licencia durante el tiempo en que las solteras no tienen dueño, viniendo las mujeres á caer después en una

esclavitud completa, cuando se casan. En esta época, la excesiva libertad de las jóvenes engendra el desenfreno de la primera edad y la corrupción de costumbres; el despotismo marital mata más tarde todo cariño, y la familia no tiene más ley ni otra norma que la arbitrariedad de su jefe absoluto.

3.º Grado de *tiranía marital* en que la virginidad y la belleza están á disposición de los poderosos y de los ricos de la tierra, que no quieren esposas, sino esclavas para la procreación, ó mejor dicho, para sus libidinosos caprichos. En esta tercera época es todavía muy imperfecta la constitución de la familia, sometida como la anterior á las veleidades de un dueño cuya sensualidad no conoce límites, pudiendo el señor tener el número de concubinas que sus medios materiales ó su voluntad despótica consientan.

Vemos, pues, que la completa promiscuidad sexual, ó sea la *poliandria* y á la vez la *poligamia*, ó *poliginia*, sólo cabe en el más abyecto estado, y cuando es desconocida en la sociedad toda idea rudimentaria de cultura.

En los dos subsiguientes grados de barbarie en la familia, no aparece ya como un hecho lícito la poliandria; sólo existe la poligamia y aun vemos que esta misma poliginia se perfecciona en la tercera época, cuando la mujer entra á veces pura y con las mejores condiciones de fecundidad en el matrimonio, cuyo objeto capital no puede menos de ser siempre procrear hijos de espíritu sano y de robusto cuerpo, para los altos fines de la humanidad y de la vida.

Queda así sentado que la superioridad ó inferioridad, relativa al estado de la familia, está en razón de lo extensa ó de lo restringida que sea la licencia de uno y otro sexo en el amor. La mayor libertad femenina en los afectos sensuales esteriliza á la mujer, así como la mayor libertad del hombre respecto de la fijación del número de sus mujeres es un obstáculo insuperable al verdadero amor, que tiene siempre mucho de legítimo egoísmo; es un obstáculo grande á los afectos filiales y al natural cariño de los padres por su prole. Conviene á nuestro propósito y el plan de este libro exige no perder de vista la división establecida.

Veamos muy someramente las deducciones de más bulto. La poliandria es á todas luces antinatural; es una aberración inconcebible. La poligamia es un impedimento para el desarrollo de los más tiernos y fecundos cariños. El progreso se manifiesta y la familia se perfecciona á medida que la unión de ambos sexos tiende á constituirse bajo el pie de una justa igualdad, como indicado queda.

Hay, pues, un *cuarto grado* en las evoluciones de la familia, grado que no nos atrevemos á seguir llamando de barbarie, pero que bien cabe señalar como un *período de transición* á una perfecta cultura. En esta cuarta época, esencialmente perfectible, no queda aún abolida legalmente la poligamia, ó por lo menos no resulta prácticamente desterrada de las costumbres generales; pero tiende sin cesar á desaparecer, siendo ya el matrimonio objeto de un formal contrato que lo mismo obliga al esposo que á las mujeres. Algunos pueblos actuales, y sobre todo la historia antigua, nos presentan abundantes ejemplos de ese cuarto grado, ó sea de ese período de transición que señalamos, cuando la unión de ambos sexos camina hacia la igualdad en derechos y deberes matrimoniales, igualdad posible, igualdad que es precisamente el *desideratum* de una moral justa y generosa.

Las naciones más adelantadas de la antigüedad, incluso el pueblo hebreo, aunque manteniendo siempre una poligamia más ó menos franca, formularon en sus leyes escritas esa tendencia, de que hemos hablado, á la igualdad moral entre la mujer y el hombre. No es ocasión todavía de emitir juicio acerca de la eficacia civilizadora de ciertas disposiciones de los israelitas, discutiendo, por ejemplo, la pena de muerte fulminada por el LEVÍTICO contra el esposo adúltero, lo mismo que contra la esposa culpable; pero bien puede advertirse de paso que aquellas mismas leyes prueban un adelanto inmenso en los tiempos de Moisés; prueban la protección que obtenía ya la parte más débil, no obstante de consignar el mismo sagrado libro que la mujer no vale la mitad que el hombre, no obstante de señalar mucho menos precio al rescate de los votos de las mujeres, y de prescribir doble tiempo para la purificación,

cuando la esposa había dado á luz á una niña, todo lo que pudo obedecer á causas varias y no precisamente, como se ha supuesto, al espíritu predominante y decidido de humillar y denigrar al bello sexo. Dejemos también á un lado por ahora la ley de Solón que autorizaba á la ofendida á matar al adúltero y á su cómplice sorprendidos *infraganti*; la ley que no admitía como ciudadanos á los hijos habidos fuera del matrimonio, y señalaba con nota infamante á la mujer que se casaba tres veces. No es éste tampoco el lugar de ver cómo Platón prohíbe en su libro titulado «LAS LEYES» el concubinato, el carnal comercio con las esclavas, y desaconseja las segundas nupcias cuando quedan hijos de las primeras. Todo este estudio corresponde á los varios capítulos que más adelante dedicaremos á la familia histórica que, en Egipto y en la Palestina, en Grecia y en Roma, se nos presenta por largas centurias en el progresivo *grado de transición* á que nos referimos.

Basta aquí fijarnos en los caracteres que distinguen los diversos estados de la familia, y basta consignar que aun algunos pueblos que en justicia no podemos llamar bárbaros, considerada la totalidad de sus instituciones, presentan tipos familiares que concediendo al hombre el derecho á la multiplicidad, á la disolubilidad y hasta á la violabilidad del matrimonio, bien pueden clasificarse en el tercer grado de barbarie, y á lo sumo deben figurar en el de transición que hemos descrito. Por el contrario, han existido familias en países verdaderamente bárbaros, y también conocemos hoy islas en el archipiélago de la Sonda, y hay en las Marianas actualmente pueblos que no merecen siempre la calificación de civilizados, y comprenden, sin embargo, las ventajas de la unidad en el matrimonio y hasta castigan la infidelidad del marido.

La última consecuencia será legítima, y no la ocultamos ya. Solamente dentro de las condiciones de *unidad* y de *indisolubilidad* matrimonial, puede desarrollarse la *perfectibilidad* de la familia y aparecer el estado de verdadera cultura. Tal estado no pudo nunca arrancar de las sociedades paganas.

Es la síntesis de lo que proponemos demostrar en esta Memoria.

V

Estado de transición.

El carácter de la familia—en una de esas situaciones que confinan con la barbarie, tienden á mayor perfeccionamiento, al predominio de la justicia, y que ya hemos distinguido con el nombre de *estado de transición*—no solamente puede estudiarse, como queda indicado, en la historia de los israelitas y aun en la de los tiempos más adelantados de Egipto, Grecia y Roma, sino que hoy mismo se nos presenta como un vivo y atrasado ejemplo en algunos pueblos de Oriente, y sobre todo entre los musulmanes, que tan numerosos son y tantos dominios han alcanzado en el Asia, en Africa y hasta en la parte de Europa que tiene por capital á Constantinopla. Los árabes y sus correligionarios ofrecen, en efecto, á nuestra vista un cuadro acabadísimo de las últimas transformaciones de la familia que pasa del tercer grado de barbarie, según la división nuestra, á otro más perfecto y puro que habrá de tener por límite la unidad del matrimonio, en virtud del libre enlace de un hombre con una sola mujer.

Inspirados y paralizados los musulmanes por la dogmática inmovilidad del Corán, no han podido, sin embargo, sustraerse á las civilizadoras tendencias hacia la unidad en la familia, y algún progreso es ya manifiesto, á pesar de la licencia de costumbres que deben en mucha parte á las máximas de su gran profeta Mahoma.

Hagamos práctico y palpable el ejemplo. No necesitamos consultar mucho á geógrafos ni á viajeros para el estudio de la actual familia musulmana. Al otro lado del estrecho de Gibraltar, á las puertas mismas de España, tenemos á Marruecos, que en vulgar dialecto suele llamarse el Imperio de Magrab, en la costa africana. Las costumbres de los mahometanos de este imperio son muy análogas, si no idénticas, á las de los tipos primitivos, los beduinos y los árabes, pastores nómadas,

agricultores ó guerreros. Orgullosos unos y otros con su hereditaria nobleza y en medio de su ruda independencia; siempre pegados al suelo nativo y jamás sojuzgados; viviendo al través de los siglos sin confundirse con otras razas, y hasta conservando sus primitivos trajes y sus tradicionales intransigencias, parecen en ocasiones y cuando la imaginación los poetiza el vivo recuerdo de los grandes patriarcas bíblicos que se llamaron Abraham, Isaac y Jacob. Hablando de Marruecos, tenemos además la inmensa ventaja de que las noticias merezcan absoluto crédito, porque son el sencillo relato de escenas que cada día se ofrecen á la vista de nuestros cónsules y de los militares de servicio por algún tiempo en Ceuta, Melilla y posesiones españolas del litoral africano.

Sabido es que, entre los musulmanes, la mujer suele permanecer oculta á las miradas de los extraños; aun saliendo en público tiene que cubrir su rostro, y lo que es más grave, se la obliga á vivir entre otras mujeres que tienen acaso intereses encontrados, porque cada una puede contar con familia propia dentro de esa familia común compuesta de un hombre, varias mujeres y muchos hijos. Pero el harén es siempre un lujo de gran coste, y por esta y otras razones tiende á desaparecer cada día. La unidad en el matrimonio se extiende y es ya muy común entre los musulmanes más civilizados de Turquía y otras partes, observándose también con bastante frecuencia entre los mismos habitantes del imperio marroquí. Nunca alcanza, sin embargo, el matrimonio mahometano aquella estabilidad y fijeza del que más solemnemente se celebra en tierras cristianas, y que mucho mejor cierra siempre el campo á antojadizas veleidades. Un ejemplo bastará para apreciar el prestigio y la moralidad del matrimonio entre los musulmanes, circunscribiendo nuestras observaciones á lo que pasa en el citado y vecino Imperio de Magrab.

Hay en Marruecos muchos españoles que, por causas varias, y á veces para librarse de las sentencias de los tribunales de España, se evaden de las guarniciones y de los presidios que en Africa tenemos, y se convierten por simple conveniencia al

islamismo, renegando sin fe alguna de su patria, de su religión y de sus costumbres. Aquellos desdichados españoles tratan ante todo de dedicarse á alguna industria que les permita vivir con cierta comodidad en el país. Comprado el modesto ajuar en cualquiera de las poblaciones del Imperio y establecidos ellos en su casa, suelen naturalmente buscar mujer, aunque por punto general salen mal librados en esta empresa, cuando la elegida no es hija de otro renegado, con la que más fácilmente quepa cierta uniformidad de inclinaciones y de intereses. Convenido el matrimonio, se fija en una corta cantidad la dote que ha de dar el marido, tres ó cuatro pesos á veces, según la edad y hermosura de la novia: un par de babuchas, un *baik*, un pañuelo catalán y una camisa de percal, bastan para el regalo de boda. El contrato se firma por menos de una peseta en casa del notario; queda la unión autorizada, y la mujer sigue tranquilamente á su marido.

No suele ser larga la luna de miel. Por más que el español quiera á su mujer, es raro que ella le ame y le entienda, y no tardan los fastidios y repetidos disgustos á imposibilitar entre ambos toda inteligencia y todo arreglo. El mismo notario que los casó los descasa mediante otro documento del mismo precio, y renegados hay, según se cuenta, que en pocos meses han tenido sucesivamente muchas mujeres sin haber vivido en paz ni contentos con ninguna. Ellas entonces suelen contraer pronto nuevo matrimonio con algún marroquí.

Las mujeres veleidosas é interesadas sufren de ordinario, allí como en todas partes, la ley de la codicia y del capricho. Si se casan con un español, es natural que sea para gozar de mayor libertad, debida á los resabios de las más suaves costumbres en que él se ha educado. Así se explican los repetidos escándalos domésticos y las escenas ruidosas, que no suelen ser tan frecuentes cuando la mujer es hija de otro renegado. Así se explica que la mujer marroquí, casada con un indígena receloso, severo hasta el despotismo y ducho en evitar livianos propósitos, no pueda tan fácilmente ceder á ajenos halagos ni á los intentos de un amante que la induzca á nuevos amores y á

descasarse. Por esto la mujer mahometana, casada con un musulmán de abolengo, es siempre mucho más prudente y astuta, cauta y previsora, que cuando tiene por señor á un neófito del islamismo, ó sea á un converso de circunstancias.

No es que nunca falten á la mujer medios para deshacerse de un marido enojoso; siempre quedan á su disposición procedimientos extremos, y son bastante frecuentes los casos en que algunas se deciden á enviar al marido al paraíso de Mahoma, segun la expresión consagrada. Todas las mujeres tienen obligación de bañarse en Marruecos, por lo menos una vez al día. Las que han de ir fuera de su casa á tomar el baño tienen ocasión y sobrante pretexto para preparar sus planes de libertad, mientras que las que tienen el baño en casa y no pueden salir acuden á otros medios indirectos, pero no menos seguros é infames á veces.

Veamos un caso muy conocido. Las moras no saben generalmente leer ni escribir, pero nunca falta una negra, criada, mandadera ó confidenta, con quien concertar verbalmente la muerte del marido y preparar el futuro enlace de la veleidosa señora. La interesada negra sabe siempre cumplir á mil maravillas su cometido, y la intriga prospera. Basta á veces una flor, una pequeña rama de granado con dos capullos y cuatro hojas, que la enamorada deja caer desde su celosía á los pies del galán, para dar una cita íntima que la confidenta ayudará á realizar á los cuatro días. Con el cómplice se combinan y acuerdan los mejores medios y la ocasión propicia para ejecutar el drama ideado contra el marido. No le es difícil á la negra, máquina que todo lo pone activamente en movimiento, comprar una mañana y con aparente inocencia algún veneno de los que públicamente y sin restricciones se expenden en Marruecos como otro artículo cualquiera de lícito comercio, y cuando, por la tarde, después de concluída la oración, pide el marido su té, se lo sirven con una poción insuficiente para envenenarle, pero bastante para adormecerle, desarmarle y hasta poder ahogarle, si es preciso, á mansalva.

Al día siguiente, toda la vecindad, los parientes y amigos

del difunto, saben que el pobre murió de una indigestión. Su mujer grita, llora y se desespera de un modo que infunda lástima. Todos se informan de las riquezas que el difunto tiene, y se admiran de oír de los labios de la desconsolada viuda que muy poco ó nada ha dejado. Intencionalmente se han hecho circular voces de que era derrochador y amigo de emprender negocios desgraciados; se duelen los visitantes de la misera suerte que espera á la joven, y no faltan comentarios muy desfavorables al difunto, cuyo entierro se practica aquel mismo día. Después del sepelio, la viuda despide á todos los criados, alegando que no puede ya mantenerlos, y aquella misma noche la mujer, la negra y el cómplice celebran su libertad, su amor y su fortuna con fiesta y regocijo, hasta el amanecer, en que el amante extrae de aquella casa las riquezas del difunto, cuidadosamente escondidas por la criminal amada. El luto es de un mes, durante cuyo tiempo permanece la dichosa pareja en alguna casa de campo, y luego puede celebrarse públicamente el nuevo enlace. No pocas veces sucede también que la viuda voluntaria se queda burlada, y su cómplice desaparecer tan pronto como ha podido hacerse dueño de las riquezas que codiciaba.

Cuando es, por el contrario, el marido el que se cansa de la mujer, nunca le faltan á él tampoco expedientes y medios para deshacerse de su enojosa compañera. Fácil es á un hombre solapado permitir astutamente á la mujer mayor libertad, concederle ocasión para buscar distracciones halagüeñas y nuevos amores, no faltando nunca alguno que secunde inconscientemente sus planes, se enamora de ella y la robe. Estos y otros episodios del mismo género y estilo se oyeron contar muchas veces á españoles que residen ó han residido en Marruecos.

Añádese que el desorden es todavía más notorio y repugnante entre las familias del campo, donde todos y todas viven y duermen reunidos en los aduares. No hay nada que no parezca allí común, hombres y mujeres, caballos y carneros, cabras y gallinas. Pero aquello es ya plena barbarie, y no corresponde á este sitio.

Basta al propósito nuestro haber presentado á la ligera el atraso de la familia musulmana en las ciudades importantes que más cerca tenemos, atraso notable que, en el actual momento histórico, en medio de las opuestas tendencias de nuestros días, y teniendo en cuenta la división que hemos establecido en lo tocante al progreso de las instituciones familiares, es el que mejor y más fielmente indica y retrata la transición manifiesta de un período de barbarie á otro de más alto grado de cultura, á pesar de los graves vicios de que el último todavía adolece. Sirve además el ejemplo para poder dejar á un lado el examen de la civilización agarena, tan petrificada en la inmovilidad de costumbres, como petrificado está cuanto en general se refiere á las inmutables leyes del código de Mahoma.

Y no es dudoso que lo dicho del Imperio de Marruecos pueda aplicarse, con modificaciones relativamente ligeras, á todos los países musulmanes, que viajeros y geógrafos nos pintan con más ó menos pasión ó entusiasmo. Mucho han hablado ciertos poetas de la civilización árabe y de su influencia en Asia, en África, en Europa y en el mundo entero. Borrada de la historia á los árabes, nos dicen, y el renacimiento de las letras tardará aun muchos siglos. Un sabio, de tanto renombre como M. Barthélemy Saint-Hilaire, añade: « Con el trato de los árabes y con la imitación de que fueron objeto, los rudos señores de nuestra Edad Media suavizaron sus costumbres, hasta el punto de que los mismos caballeros, sin perder nada de su valor, adquirieron aquellos sentimientos más delicados, nobles y humanos, que es muy problemático hubiesen alcanzado con el cristianismo solamente, por más benéfico que sea... » — No discutimos la influencia de una ilustración que entre nosotros se hizo sentir en primer término; pero no olvidamos que jamás pudo la España de la Reconquista confundirse con los discípulos de Mahoma, enemigos encarnizados por mucho tiempo de todas las instituciones que en Europa han prosperado. Los árabes alcanzaron progresos innegables, quizás mucho más como árabes que como musulmanes; pero admitiendo que el ideal sea uno de los más poderosos factores de

la evolución de las sociedades, no podemos conceder mucha virtud á ese ideal de los mahometanos, ideal nacido de una metafísica pueril, y de máximas tan groseras y vulgares, que nada dejan en el espíritu, y decaen sin conseguir siquiera civilizar á los berberiscos ó bereberes.

Hablar de la preeminencia de la mujer musulmana durante el período de la civilización árabe en Oriente en tiempo de los abbasidas, y en España en el de los omniadas, sería desfigurar á sabiendas la historia, pues la existencia de una Safo de Córdoba nada dice contra la deplorable situación de la mujer agarena siempre comprada, subyugada y envilecida. Si el Corán concede á la esposa algunas ventajas hereditarias, el nacimiento de una hija se considera todavía como un hecho deplorable. Y adviértase que la virtud, la definida por la moral, no existe en las mujeres mahometanas, que nunca dieron importancia á la secreta é ilegal comunicación de los sexos, como diariamente se confirma en todos los centros donde abunda la población europea, resultando que la poligamia legal es el desorden autorizado, desorden que hasta se opone al aumento de los habitantes, según la estadística demuestra.

Resulta, pues, que el Corán, que desde el siglo VIII dominó en España hasta los últimos días de la Edad Media, degrada á la mujer por voluntad divina; la considera un sér inferior, llegando á dar en las herencias doble parte al varón que á las hembras; autoriza legalmente la pluralidad de mujeres y las encierra en el harén, no consiguiendo evitar por otra parte con sus ignominiosos castigos que las infieles y sin dignidad sean cada vez más numerosas.

Con el vicioso organismo musulmán quedan también juzgados prácticamente el repudio, la poligamia y las costumbres por lo común en privanza durante los largos siglos de la historia antigua que hemos de recorrer para juzgar con el posible acierto las instituciones que pasaron.

LA FAMILIA PAGANA EN ORIENTE

CAPÍTULO II

I

Transformaciones del patriarcado.

Parecería que en el anterior capítulo habíamos divagado, al hablar de pueblos incultos de nuestros días — cuando se trata, según el tema académico, de establecer simplemente un parangón entre la familia pagana y la cristiana — si no fuese evidente que el estado de barbarie es el que dió nacimiento y sostuvo *ab origine* todas las instituciones paganas. Digresión innecesaria habría, en efecto, sido la nuestra, si no fuese cierto que el estado de barbarie es el que hoy mantiene también en la idolatría á muchas de las atrasadisimas tribus que aun subsisten en estos tiempos de la civilización moderna, teniendo ese mismo estado influjo para hacer en superlativo grado supersticiosos hasta á los musulmanes que por otra parte proclaman muy alto la unidad divina y la grandeza del Sér Supremo.

Hemos tenido además empeño en dar idea clara y en presentar ejemplos precisos de lo que entendemos por *diversos grados de barbarie* y también por *estado de transición*, lo que nos ha parecido más sencillo y factible acudiendo al examen de los casos generales que en nuestra época y en distintas partes del mundo existen todavía.

Pero, dejando á un lado lo que á nuestra vista hoy pasa y

abriendo el libro de la Historia, nos incumbe estudiar y clasificar ahora esas mismas instituciones familiares en los más remotos y oscuros orígenes del paganismo, tomada esta última palabra en el sentido lato que suele tener desde el siglo III de nuestra Era.

Consignemos ante todo una verdad que parece incontrovertible. El principio de autoridad está fundado en los hechos naturales y es tan antiguo como el hombre. El padre hubo de ser necesariamente el jefe de las primitivas familias, si el hombre era hombre y no fiera; porque hay sentimientos innatos que inspiran gratitud y respeto, y el padre encuentra en el fondo del alma su mayor complacencia en el amor y fidelidad de su esposa, en el dulce é innato cariño de su prole, que de él necesitan á su vez para cubrir las primeras y más urgentes necesidades de la vida. De este axioma se desprende el importante corolario de que las ideas de propiedad debieron arrancar inmediatamente de los íntimos sentimientos de familia.

El más venerable padre de familia llega luego á ser el jefe de varias familias, rige y gobierna con dulzura, sin necesidad de magistrados ni verdugos, y sólo por el imperio de la convicción, del respeto y de la conciencia. He aquí el patriarcado.

Fundadas en tan sencillísimos principios, se rigieron, sin duda, aquellas familias reunidas en las llanuras que ocuparon los salvados del arca construída por Noé, hasta el momento en que la autoridad del patriarca hubo de reproducirse en una autoridad más extensa, en una autoridad metropolitana que viniera á constituir la jefatura de una ciudad ya poblada por muchas familias.

Se sabe que, en la época de la dispersión de los hombres que la Biblia nos refiere, los hijos de Cam, el maldito de su padre, fueron á poblar la Siria, la Arabia, ciertas comarcas situadas entre el Tigris y el Eufrates, penetrando algunos por el istmo de Suez en el suelo africano. Dicese que eran muy industriosos; pero también consta que la inmoralidad de costumbres les hizo decaer rápidamente.

La raza de Sem no pasó del territorio comprendido entre el

Eufrates y el Océano Índico, extendiéndose más tarde por el Occidente de aquel río hacia la Siria, la Arabia, y llegando, según Humboldt, á la América del Norte ¹. Los semitas aparecen como los más fieles conservadores de las tradiciones y del patriarcado, tanto en lo referente á la dulzura del régimen como al dogma religioso.

Los descendientes de Jafet se dirigieron al Noroeste, ocupando las islas del Mediterráneo y, andando el tiempo, la Europa. Más toscos éstos, pero menos corrompidos, llegaron antes á sentar las bases de una civilización notable en materiales progresos.

Pero todas aquellas primeras razas pasaron indudablemente de una á otra comarca, antes de establecerse de una manera definitiva, alternando, sustituyéndose y mezclándose hasta el punto de que la Historia encuentra á veces no poca dificultad en distinguirlas. En medio de las grandes migraciones resalta, sin embargo, el hecho de que Europa fué á no tardar la tierra predestinada y predilecta. De los iberos, ajenos á la raza india, pero con muchos elementos de la semítica, habían de salir los famosísimos turdetanos, los lusitanos, los cántabros, los vascos, únicos que han conservado su primitiva lengua, y también los aquitanos de la Galia y los ligures de Italia.

Pastores debían ser los semitas que se quedaron en los abundantes pastos de la Mesopotamia, en las faldas de los montes de la Armenia y en los fértiles campos babilónicos. Se multiplicaron allí, como es natural, las familias; su crecidísimo número hizo ineficaz é insostenible el régimen patriarcal, surgiendo la necesidad de construir ciudades que habían de crecer sucesivamente y engalanarse de la manera sorprendente con que los historiadores nos pintan la rica Ninive y la inmensa y suntuosa Babilonia.

Las familias habían vivido hasta entonces juntas, componiendo la tribu, primera forma de ciudadanía; pero las tribus necesitan luego reglamentar y también defender sus intereses

¹ *Essai politique sur la Nouvelle Espagne* (vol. II, pág. 502).

particulares y comunes, y de ahí nace, como queda indicado, otra jefatura, erigiéndose un nuevo soberano, que lo mismo pudo ser el más diestro de los pastores que el más sesudo de los ancianos. Y de la misma manera que varias familias dieron nacimiento á la tribu, varias tribus debieron formar, en una civilización más adulta, la ciudad ó el pueblo.

Nembrod es el héroe que nos cita la Biblia como el más incansable, afortunado y valiente de los cazadores. La fortaleza y las condiciones propias de superioridad personal inspiran al ambicioso planes de dominio y de conquista. De ahí nació la primera tiranía destinada á subyugar á los débiles, á reducir á servidumbre á los tímidos, y á imponer sus leyes y sus pasiones á todos.

Muy presto hubo de aparecer la poligamia en el país que era cuna de los pueblos. El hombre olvidadizo, naturalmente inclinado á la corrupción, estimulado por un clima ardiente ó benigno, tanto más indolente cuanto mayor es la fertilidad del suelo, y seducido por los atractivos de la belleza, mirando en torno suyo las provocativas gracias de las mujeres asiáticas, viendo que por lo mismo que son extraordinariamente precoces, pierden muy pronto su fecundidad y sus juveniles encantos, y no considerando en ellas más que el instrumento de sus placeres, quiso hacer más duradera la época del amor, quiso dar libre curso á sus pasiones por medio de la poligamia, nunca garantía de mayor felicidad, nunca origen de cariños profundos y sinceros.

La poligamia, que hiere la delicadeza de la joven y el femenino orgullo de la esposa, obligó entonces al hombre á tomar las precauciones propias de su carácter celoso y de sus instintos dominantes y severos. Así aparecen los orígenes de la esclavitud de las mujeres, resultando desde aquel día flojísimos los lazos conyugales y frecuentes los desórdenes y hasta los parricidios provocados por el brutal despotismo del jefe de familia convertido en tirano. Así también, olvidadas ya las tradiciones religiosas, como se olvidó aquella unión santa que hizo nacer el amor en la familia adámica, viene el culto de lo inexplicable,

el culto de lo que en el orden físico de la naturaleza sorprende, el temor á lo misterioso que anonada, y surgen del seno de la turbación de la conciencia y de las dudas de la razón las mitologías absurdas con sus dioses tutelares y adversos, sus oráculos, sus misterios, ceremonias raras y múltiples extravíos. Añade la Escritura que Nembrod es el primer fundador de ciudades fortificadas para perseguir á mansalva á los animales feroces y también á los hombres, siendo por consiguiente el primero de los poderosos de la tierra, el primer jefe de un imperio. Al mismo Nembrod, que algunos han identificado con Belo, se atribuye la edificación de Ninive, ciudad así llamada en memoria de su hijo Nino, y se añade que á su muerte fué dividido aquel imperio, tocando la Asiria al citado Nino, y Babilonia tal vez á Evecoo.

Aquellos tiempos debieron ser de absoluta barbarie. Bien pudiera referirse á aquella época Herodoto cuando nos cuenta que los licios sólo respetan la maternidad, en fuerza de ser la paternidad siempre dudosa y desconocida. Añade el mismo autor que los hijos no llevaron allí más nombre ni reconocieron más genealogía que la de la madre, como hemos referido que acontece hoy entre los príncipes etíopes. Si una mujer era, por parte de madre, de origen noble, sus hijos serían también nobles, exactamente como en la Etiopía ahora; pero ni aun el mayor dignatario ó magnate, unido á concubina plebeya, lograba nunca sacar á sus hijos de la más humilde categoría de los hombres, ó sea de la clase villana ¹. La inmoralidad cundió y corrió á los pueblos en la negra noche de la barbarie. Así se nos dice también que hubo pueblos, como los ausienses, los gindanos, los nasamonos y otros, cuyas mujeres tenían á gala señalar alrededor de su túnica tantas vueltas de una cintura de cuero cuantos eran los hombres con quienes habían cohabitado ². No nos extraña, después de estas leyendas, lo que nos cuenta César de las costumbres de ciertos bretones, en estado

1 HERODOTO, I, 173.

2 IDEM, IV, 172-177.

de barbarie, en el país marítimo de Kent, donde las mujeres eran también comunes á diez ó á doce hombres, principalmente á hermanos, padres é hijos, añadiendo que, cuando nacía un vástago, pertenecía al primero que introdujo la mujer en la familia ¹. La bestial barbarie, cayendo de una degradación en otra, produjo siempre frutos parecidos en todas partes, torpezas igualmente repugnantes.

Pero algunos orientalistas modernos han querido dar la preeminencia cronológica y la primacía de la cultura á antiquísimos imperios que debieron florecer, según cuentan, en las inmediaciones del Indo. Dilucidar tales asuntos no es de la incumbencia nuestra, pues sólo entra en el plan de este libro estudiar las instituciones familiares en los pueblos cuya existencia aparezca menos dudosa. Bueno es consignar, sin embargo, que los más acérrimos campeones de la novísima escuela, que pretenciosamente aspira á reconstituir la historia de Oriente, presentan las cosas de diversa manera que la que hemos bosquejado ligeramente y á grandes rasgos. En la edad *pre-histórica* la familia asiática de los Arios es, según ellos, sublime en su misma sencillez, vigorosa en su constitución y modelo de firmeza y de noble ardimiento. El estudio de la lengua sanskrita, nos dicen, enseña que eran los arios cazadores y pastores, llegando más tarde á dedicarse á la agricultura. El hábito de la guerra les hacía desear hijos varones, aunque nunca la mujer era despreciada, como atestiguan las poéticas expresiones que los himnos védhicos dirigen á las hermosas hijas de Oriente. La única autoridad era la del padre, pero en su ejercicio no llegó al abuso, y hasta la madre de familia participaba de la patria potestad.

Se nos cuenta que las nupcias tenían ya entre los arios ceremonias especiales, como en los tiempos posteriores en que se quiso robustecer con símbolos y cultos religiosos los actos naturales de aquella circunstancia solemne de la vida. — «Te saco de la autoridad paterna, decía á la doncella el sacerdote

1 CESAR, *De Bello Gallico*, V, 14.

de aquellas tradiciones; te saco de la autoridad paterna para colocarte bajo la dependencia de tu marido. Concede á esta joven, oh benéfico Indra, ser tan dichosa como merece y tener numerosa prole.» Los novios unían entonces sus manos, significando con este acto, hoy usado todavía, la complacencia de aquella unión; y el esposo decía á su esposa: «Tomo tu mano como prenda de nuestra felicidad; quiero que seas mi mujer y que envejecas en mi compañía.» En aquel instante el sacerdote continuaba: «Permaneced así; no os separéis; pasad juntos la vida, felices en vuestras casas y complacidos con vuestros hijos y vuestros nietos.» El esposo, volviéndose de nuevo á la novia, añadía: «¡Que nos dé el Rey de las criaturas numerosa progenie! ¡Que Ariamán prolongue nuestros días! ¡Entra en la casa conyugal con buenos auspicios, y sea la felicidad con nosotros!... ¡Ven, oh deseada de los dioses, hermosa de corazón delicado, de dulces miradas, buena para tu marido, buena para los animales y predestinada madre de mi prole! ¡Sea la felicidad con nosotros!» — Y el sacerdote concluía: «Hazla feliz, oh generoso Indra, y concédela una escogida familia; haz que dé á su esposo diez hijos y sea él como el undécimo. ¡Reina con tu suegro, reina con tu suegra, reina con las hermanas de tu marido, y reina con sus hermanos!» Se añaden además curiosos pormenores, afirmándose que las hijas de los arios estaban dotadas por sus padres, hecho rarísimo en la antigüedad y que probaría cuánto apreciaban aquéllos el valor moral de sus mujeres y la dignidad del matrimonio... Las aberraciones de su sociedad religiosa se justifican también por la natural inclinación del hombre á buscar la verdad y por su afán de dar explicación á los misterios que le rodean.

En una palabra, se nos quiere convencer de grandes adelantos y se hace constar y defiende: 1.º que en la constitución de la familia aria era ya base y centro del derecho doméstico la autoridad del padre; 2.º que ésta estaba limitada y moderada por la influencia de la madre; 3.º que era libre el consentimiento de los hijos á las nupcias, existiendo, sin embargo, la vigilancia de los padres y la consagración del acto por medio

de los ritos y rezos sagrados; 4.º que era grande el respeto á la dignidad de la esposa, manifestado por la institución del dote; y 5.º que era también grande el respeto á la madre y á la viuda con la participación que se les daba en la patria potestad. Así se armonizaban los tres grandes elementos de la cultura humana, religión, patria y familia ¹.

Bien pudiera sospecharse que esto es pintar como querer, sobre todo cuando se estudian las fuentes de unas opiniones que hasta llegan á destruir la lógica de la historia, siendo lo más notable que precisamente nos pinten tales idilios los mejores adalides del progreso indefinido. ¿Qué progreso cabe en el desarrollo de la idea de familia después de lo que suponen en los arios? La imparcialidad parece aconsejar que se acoja con reserva, como fruto en gran parte de la fantasía, lo que tan llanamente deducen los partidarios y expositores del sistema de contradicción en la historia. Las palabras dirigidas por el sacerdote y el esposo arios á la esposa son himnos védhicos, quizás de tiempos muy posteriores, composiciones acaso meramente poéticas y cantos eróticos, que es muy fácil no sean bien interpretados siquiera. Imposible es, por otra parte, creer en una monogamia racional allí donde impera un paganismo tan tosco como profundamente arraigado, y á nadie puede ocultarse que la poligamia es y fué siempre el más grosero y grave obstáculo á aquella sinceridad en las prerrogativas y en las atenciones con que las sociedades adultas rodearon siempre á la soltera y á la esposa, á la madre y á la viuda.

1 Véase *Saggio di studi sul diritto privato*, por Aw. ATTILIO TADDEI. Roma, 1885.

II

El Dhamra-Sastra.

El país que algunos filólogos y orientalistas apasionados por las modernas revelaciones de la sagrada lengua sanskrita, proclaman primer maestro de todas las naciones de la tierra, se extiende en el Asia meridional á la sombra del Himalaya y de las más elevadas montañas del planeta que habitamos.

Lo que hace en sumo grado misteriosos los orígenes del pueblo índico es que propiamente no tiene historia antigua, ó lo que es más exacto, que no se la conocemos. Sólo desde la expedición de Alejandro Magno en la antigüedad y de los establecimientos portugueses é ingleses, posteriores á los viajes de Vasco de Gama, se nos presenta la India como un monumento vivo todavía de la constitución y de las creencias de uno de los pueblos más primitivos.

La India es además el país de las castas y del antiguo dogma de la metempsícosis, las dos bases fundamentales que más han influido é influyen en la petrificada inmovilidad de su vida y de su historia. Las mortificaciones sorprendentes á que por espíritu místico se entregan algunos indígenas, así como la torpeza y afeminación de otros, nos prueban desde luego que el panteísmo, aun el menos impuro, conduce lo mismo á la desilusión y al martirio que á la voluptuosidad y á los goces.

Los primeros indios, á quienes debemos suponer coetáneos de las buenas tradiciones patriarcales, conservaron sin duda muchas verdades primitivas, tales como el conocimiento de un Dios y la creencia en una caída original y en la rehabilitación sucesiva, verdades que degeneraron luego en extravagantes devaneos de una imaginación fantástica, multiplicando indefinidamente las divinidades y llegando el frenesí de sus delirios hasta el punto de crear casi en nuestros mismos días á *Olha-Bibi*, la temible diosa del cólera morbo. El gran Brahma, sér misterioso y sin templos, tiene por verbo á *Vishnú*, llamado también Narayana,

que ha sufrido encarnaciones sin número, y la tercera persona de esta trinidad masculina es el dios *Siva*, destructor y generador á la vez, montado en un toro blanco. Hay además la trinidad femenina de diosas, y en pos vienen luego muchas divinidades con atributos distintos, siendo prolijo y aquí de todo punto ocioso explicarlo. Oportuno será, sin embargo, tener presente que la mitología india tiene grandes puntos de contacto con la clásica, lo que autoriza la afirmación de que ésta se engendró de aquélla. De ahí han nacido los paralelos elocuentes y que casi no dejan lugar á duda, explicándonos, después de varias semejanzas que realmente existen con la religión de los persas, las analogías á primera vista notables entre la letanía de los doce epítetos, que corresponden en la India á los doce meses, y Jano y los doce dioses de Italia; entre Pidrubadi, rey de los infiernos, y Plutón; entre la bella Lacmi, nacida de la espuma del mar, y Venus; entre el hijo de Paván, rey de los monos, y Pan, el rey de los sátiros; entre Vishnú, triunfador de la serpiente Calinuga, y Apolo, vencedor de la serpiente Pitón; entre Brahma y Saturno; entre el legislador Manú y el gran Minos; analogías sin número, ya observadas por César Cantú y otros eminentes historiadores.

La constitución de la familia india presenta necesariamente aspectos varios por lo mismo que son múltiples las leyes correspondientes á cada casta, pero tiene siempre el sello teocrático y de eterna inmovilidad que caracteriza á los dioses de las grandes pagodas. «El hombre y la mujer — dice Manú, el supuesto intérprete de las voluntades de la divinidad — forman una sola persona; el hombre completo se compone de sí mismo, de su mujer y de su hijo ¹,» lo que, además de ser una verdad muy clara, parece indicar que, en un principio, el hombre no tuvo en la India más que una mujer y consideró la fidelidad conyugal como uno de sus primeros deberes. Por otra parte, los traductores de los cantos poéticos y de las composiciones varias de aquella rica y originalísima literatura nos presentan también

1 MANÚ, IX, 45.

bellos cuadros de la vida doméstica, pintándonos costumbres verdaderamente patriarcales y caracteres femeniles delicadísimos y dignos de admiración y encomio.

Pero encontramos allí un buen ejemplo de lo grandemente que las creencias religiosas influyen en la vida del hombre. Los dioses no tuvieron en un principio más que una sola mujer; pero los mitos de Krisma no tardaron en darles voluptuosos harenes. Era natural que los ricos y los poderosos de la tierra tratasen muy luego de imitarlos, y así lo hicieron, aunque se les debe la justicia de decir que su poligamia no llega en la mayoría de los casos á tan disolventes caracteres como la de muchos sectarios de Mahoma, pues las mujeres, aunque muy subordinadas al hombre, tienen en la India ciertos privilegios bastante notables, marcados por la ley, y tanto mayores cuanto más distinguida es la casta de que proceden y honroso el matrimonio que han contraído ¹.

La existencia es allí fácil. Un pedazo de tela de algodón basta para el vestido; agua y arroz son suficientes para la comida, y cuatro bambúes plantados en tierra y cubiertos de hojas de palmera constituyen la vivienda de las clases inferiores, que suelen vegetar contentas en medio de su pobreza. Pero también consta que algunos nobles son amigos de lujo y deleites, haciendo consistir sus mayores goces en una tradicional indolencia y en el sueño que suelen disfrutar á placer, rodeándose de toda clase de comodidades. Dicen los viajeros que elegantes palanquines y cómodas y hasta lujosas barcas les sirven hoy para sus viajes, no faltando en sus habitaciones ricos tapices, oro y piedras preciosas. Las *genanas*, ó habitaciones de las mujeres, reúnen á veces cuanto ha imaginado la fantasía de

1 Ninguna ley obliga á las *sati*, ó viudas, á quemarse con el cadáver de su marido, como se ha supuesto; nunca fué tampoco general esta costumbre, y hasta parece limitada á la casta de los guerreros. El sacrificio debe ser voluntario, aunque la viuda no es libre de retractarse, una vez manifestado su decidido propósito con ciertas ceremonias. Lo dicho no legitima, sin embargo, la práctica horrible que se tolera y aun se aconseja por los brahmanes.

Oriente para halagar los instintos sensuales. Hay flores y perfumes, músicas voluptuosas, cascadas de capricho ó surtidores en brillantes pilas, dispuestos para adormecer los sentidos con la monótona caída del agua y templar una atmósfera agradable. Allí viven aquellas odaliscas de un nuevo paraíso, satisfechas con no tener otra ocupación mejor para pasar el tiempo que soñar, jugar á ratos al antiguo ajedrez ó tocar instrumentos de suaves acordes. Tan sensuales templos del amor existen para los muchos escépticos de aquel país que se dice de la severa filosofía. Sólo la casta de los *sudras* es la obligada á no tener más que una sola mujer, siendo esta severa prescripción una señal de desprecio.

Los sistemas filosóficos y morales de la India están resumidos, en su parte más práctica, en el sagrado libro que se llama *Manava-Dhamra-Sastra*. De fecha remotísima fué escrito, según unos, bajo el dictado divino, por el profeta Manú, 1.200 años antes de Jesucristo, y compilado, según otros, por el colegio de sacerdotes durante el curso de varios siglos, lo que parece más probable ¹. Ordena que la mujer no busque jamás

1 Abraza el *Manava-Dhamra-Sastra* toda la cosmogonía india, siendo á la vez un sistema completo de política y legislación. Forma doce libros; que tratan separadamente de las materias siguientes: 1.º De la creación; 2.º de la educación, 3.º del matrimonio y de los deberes de familia; 4.º de la manera de vivir; 5.º de las reglas de abstinencia y de la purificación de las mujeres; 6.º de las devociones; 7.º del gobierno político; 8.º de los jueces y de las leyes penales y civiles; 9.º de los comerciantes y de los sirvientes, 10 de las clases mixtas y de las épocas de escasez; 11 de las penas y expiaciones, y 12 de la transmigración de las almas y de la bienaventuranza final.

El mismo libro empieza con estilo heroico, presentándonos á Manú sentado en un trono, como director supremo del universo en los actuales tiempos. Los sabios se reúnen presurosos y con respeto alrededor suyo y le suplican que manifieste al mundo las leyes por las que debe regirse. El gran Manú se sonríe lleno de complacencia, y empieza la historia de la creación. "Dios — dice — para la propagación de la especie humana, produjo con su boca al *brahmán* (sacerdote), con su brazo al *chatria* (guerrero), con el muslo al *vaischia* (pastor, labrador y comerciante) y con su pié al *sudra*, (siervo).", Explica luego las funciones sociales de cada una de estas cuatro castas, estableciendo entre ellas las profundísimas diferencias que son muy conocidas.

la libertad. Soltera, debe depender en todo de su padre; esposa, de su marido, y viuda, de su hijo. La hembra es un sér realmente inferior que no tiene personalidad, puede decirse. «Escoge por esposa — dice Manú al hombre — escoge por esposa á una mujer de aspecto agradable; que no sea de ojos encendidos; que no tenga demasiado ni poco pelo; que no hable más de lo necesario; que lleve un nombre gracioso, acabando en vocales largas y semejantes á voces celestiales, no el nombre de una constelación, ni de un árbol, ni de un río, ni de una serpiente, ni de ave, ni de montaña, ni de una tribu bárbara... La mujer virtuosa debe venerar á su marido como á Dios, aun cuando él tenga malas costumbres; aun cuando ame á otra y carezca de todo mérito. La mujer no será exaltada en el cielo sino en tanto que honre á su señor, y si llega á perderlo, debe abstenerse de volver á encender el fuego de segundas nupcias.»

Los deberes del hombre en favor del prójimo son, según el mismo Manú, honrar á los ancianos, respetar á su padre más que á cien amos, y á su madre más que á mil hermanos; y más que al padre y á la madre al sacerdote que enseña la doctrina sagrada; tener benevolencia para los discípulos y no hacer ni tampoco desear daño á otro. El alma tiene tres cualidades, bondad, pasión y oscuridad, á una de las cuales se une la inteligencia durante toda la vida. Después de la muerte, las almas dotadas de bondad transmigran á naturaleza divina; las dominadas por la pasión vuelven á otra condición humana, y las que están entregadas á la oscuridad se convierten en bestias... Hay varias gradaciones en esa transmigración de las almas. El que mata, por ejemplo, á un brahmán se convierte en asno ó perro; en gusano el sacerdote que bebe licores; el ladrón de granos en cisne; el de carnes en buitre, y el de drogas aromáticas en ratón almizclado. El panteísmo de Manú se manifiesta luego de una manera que no da lugar á interpretaciones, en varias de sus sentencias que confunden la idea divina con la universalidad de los seres vivientes.

Mucho más notable y civilizadora es la moral de Budha, novena encarnación de Vishnú, divino asceta, legislador y filósofo

en cuyos misterios y predicaciones se han visto tantas analogías con la religión cristiana. Llegó Budha á proclamar la doctrina de un solo Dios y la igualdad de los hombres, habiendo sido sus intentos vanos, é inútiles sus decididos esfuerzos para abolir las castas y sustituirlas generosamente por una más razonable jerarquía. Sus cinco principales mandamientos son: No matar á ningun sér viviente, ni al hombre ni al mísero insecto; no robar, no cometer adulterio, no mentir, no beber vino ni otros licores que embriaguen. Esta moral es más pura, por más que no admite la existencia real y absoluta sino de la materia. La lucha ha sido, no obstante, tenaz entre los indios contra la reforma budhista, que tuvo al fin que declararse vencida.

La ley de castas imperó, pues, é impera en la India con una intransigencia é iniquidad que no cabe hayan sido mayores en parte alguna del mundo habitado. Verdad es que el dogma de la fraternidad humana no pudo salir peor parado ni más escarnecido que de las manos de Manú. Los hombres—según el mismo nos dice en oposición á las bellísimas palabras del Génesis—no tienen un mismo origen. Unos, los más nobles, los sacerdotes, proceden de la boca de Brahma; los guerreros, de su brazo; los campesinos y mercaderes, del muslo; y los siervos, de su pie. Lógicas son las consecuencias, y no es extraño que el legislador, en otro lugar, dándonos un curso de etimología, añada: «La primera de las dos voces de que se compone el nombre *brahmán* significa favor propicio; la primera de *chatria*, indica poder; la de *vaischia*, riqueza, y la de *sudra*, abyección.» Y luego prosigue: «El nombre de *brahmán*, por la segunda de las voces de que consta, significa felicidad; el nombre del guerrero, protección; el del mercader, liberalidad, y el del *sudra*, dependencia ¹.»

Después de tan orgullosas y poco edificantes definiciones y clasificaciones, no es maravilla que mande Manú que el sacerdote no se rebaje á dar al sudra ni un consejo ni los desperdicios de su comida siquiera; que no le instruya en la ley divina ni en

1 MANÚ, II, 31 y 32.

ninguna práctica de devoción expiatoria. Y, sin embargo, con ser tan dura ésta condición de los sudras, no es todavía comparable al desprecio con que las clases superiores están obligadas á tratar á los *tchandalas*, que nosotros conocemos con el nombre de parias. « Vistanse — dice el sagrado texto de la India — vístense con la ropa de los muertos; coman en vasijas rotas; sea el hierro el metal de sus joyas y su único adorno, y anden siempre vagabundos de una á otra parte. Ningún hombre fiel á sus deberes tenga relación con ellos; traten sólo de negocios con los de su casta, y no se casen sino con las que son sus iguales. No transiten de noche por las ciudades ni por las aldeas; no se presenten en sitios poblados ni de día más que para lo que imprescindiblemente necesiten, distinguiéndose siempre de todos por medio de las señales que ordene el rey, y obligueseles á transportar los cadáveres de los que no hayan dejado hijos ni parientes. »

No trata de mejor manera la legislación india á los *mletcas*, ó extranjeros, á quienes mira con el más soberano desprecio y considera los últimos en la escala social. Los brahmanes saben que el contacto de los parias es una mancha, y cuando uno de éstos es preguntado por algún individuo de las clases superiores, está obligado á contestar con la mano delante de la boca para que su aliento no inficione al que le interroga; pero aun dice mucho más Manú del extranjero, á quien naturalmente teme por las ideas que pueda propalar contrarias á la egoísta doctrina del *Dhamra-Sastra*. Todo buen indio debe evitar la mirada del extranjero, sentir horror por los objetos que éste toque ó mire, y arrojar al punto los que pueda sospechar hayan pasado por sus manos. Sin embargo, por una contradicción inexplicable y que radica en lo íntimo del carácter, son los indios el pueblo más inclinado á una hospitalidad generosa, estando en contradicción con lo implacable de la ley la dulzura de su naturaleza.

Uno de los dogmas religiosos es que las almas de los difuntos se libran de los castigos de la otra vida por medio de sacrificios fúnebres, siempre que tales sacrificios fueren hechos por sus

hijos legítimos y éstos sean varones. Por lo mismo, dice también el sagrado libro: «Con un hijo gana el hombre las esferas celestiales; con un nieto alcanza la inmortalidad, y con un biznieto se eleva á la mansión del Sol.» Así pues, tener un hijo varón de mujer legítima es la felicidad suprema; y de ahí que, á falta de sucesión directa, sea permitido obtener la primogenitura por medio de la unión de la esposa legítima con un hermano ú otro próximo pariente del marido. Y si por esterilidad de la mujer no fuese bastante este medio, se la repudia, acudiendo en último extremo á la adopción, acto despojado de toda solemnidad y que sólo exige el consentimiento del padre natural y del hijo adoptivo.

Por lo demás, el matrimonio no tiene grandes trabas. De ocho maneras puede, según la ley de Manú, tomar mujer el hombre; y es curiosa la clasificación de estas muchas maneras. Puede el hombre casarse á modo de Brahma, á modo de los dioses, de los santos, de las criaturas, de los demonios, de las armonías celestiales, de los gigantes, y lo que es peor de los vampiros¹... Se verifica el enlace á manera de Brahma, cuando un padre, después de engalanar ricamente á su hija, la lleva y entrega el mismo á un brahmán. Se obtiene mujer á manera de los dioses, cuando durante la celebración de los sacrificios divinos un padre concede su hija al brahmán que oficia. A manera de los santos es cuando el padre da su hija mediante un donativo, que puede emplearse en una ceremonia religiosa. A manera de las criaturas es cuando el padre lleva la hija al varón, diciéndoles: «Cumplid ambos con los deberes prescritos.» Pero, si el hombre da al padre de la muchacha algún donativo, se llama entonces enlace á manera de los demonios. La unión de una doncella con un joven, por irresistible amor, se llama enlace de las celestiales armonías. Cuando hay raptó en la casa paterna, con gritos y llantos de la robada, con fractura de puertas y obstáculos, matando ó hiriendo al que se oponga, se llama entonces unirse á manera de los gigantes; y se

¹ MANÚ, III, 21-33.

llama á manera de los vampiros cuando un amante entra secretamente en la alcoba de una mujer dormida ó embriagada. No son por cierto muy edificantes tales procedimientos para contraer matrimonio.

Todas las trabas en la vida son para la mujer que ve siempre cerradas las puertas de su libertad y de las más racionales prerrogativas. El adulterio se castiga en ambos culpables, pues otro precepto de Manú dice: «Si la mujer es infiel á su marido, condénala el Rey á ser devorada por los perros de la plaza pública, y sea su cómplice quemado vivo en un lecho de hierro candente ¹.» La adúltera sufre además en el otro mundo el castigo de renacer en el vientre de un chacal. Pero, aunque el marido puede repudiar á la mujer, la mujer no puede nunca divorciarse de su marido.

La síntesis de cuanto llevamos dicho conduce á la apreciación exacta de esas famosas instituciones indias que algunos pretendieron haber servido de modelo al legislador Moisés y á los más sabios preceptos del Antiguo Testamento. Grandísima, inmensa, es sin embargo la diferencia entre la Biblia de los hebreos y el *Manava-Dhamra-Sastra* de los indios. Mejor idea tiene el primero de estos dos libros de la fraternidad universal y de los altos fines humanos del matrimonio que el segundo, que divide el pueblo en castas con barreras infranqueables; abre abismos entre el hombre y la mujer, y sobre todo entre uno y otro hombre, considerando al de clase inferior como á un sérapestado é inmundo cuyo contacto y cuyas miradas manchan y envenenan.

Los escritores amigos de innovaciones históricas no quieren tampoco renunciar á ver maravillas en la India. Enamorados, como hemos dicho, de las revelaciones, de los escritos y de las leyendas de su antigua lengua sagrada, lengua de interpretación difícilísima y ocasionada á errores, aprovechan indicios, suponen contradicciones y saben sustentar equívocos con

1 Adviértase que lo que únicamente quiere castigarse aquí es el ataque á la propiedad ajena.

empeño y maestría. No es raro que, proponiéndose probar las excelencias índicas, hayan encontrado disculpas hasta para la ley de castas, institución la más degradante, y tristísimo y terrible ataque contra la dignidad humana.

Nunca faltan argumentos á lo indefendible. El sacerdocio y la milicia se aliaron, nos dicen, declarándose el primero defensor de la fuerza con la influencia moral, y presentándose la milicia como defensora del sacerdocio con las armas. Hecho el nuevo pacto, surgieron naturalmente el deseo y la necesidad de imponerse á todas las demás clases, y hubo el acierto de que la misma ley de castas perdiese en absoluto su odiosidad, gracias á la admirable intervención del sacerdocio que supo valerse de la creencia de los hombres en la inmortalidad del alma y en su transmigración á otros cuerpos. Armonizando estas creencias con el concepto de la justicia de Dios, convirtieron los sacerdotes la injusticia social en una Providencia divina; dijeron que los hombres nacen en una ú otra clase por los méritos ó deméritos de una vida precedente; que la virtud y las tribulaciones resignadamente sufridas serían luégo recompensadas en otra vida y la maldad castigada; y así influyó el sacerdote de una manera benéfica en todos los actos de la sociedad civil y doméstica. — Con esta clase de argumentos se legitiman todos los absurdos.

Es muy cierto, se añade, que el matrimonio no podía efectuarse en la India sino entre personas pertenecientes á la misma clase; pero quiso hacerse menos fácil la infracción de la ley, concediendo cierta libertad para satisfacer las inclinaciones propias del hombre con muchos y sucesivos enlaces, estableciéndose así la poligamia. La esposa está bajo la dependencia del marido, el cual tiene todos los derechos y adquiere la autoridad del padre. Pero también tiene el esposo obligaciones graves; tiene que celebrar con el fuego nupcial los ofrecimientos domésticos; leer los libros sagrados; no abatirse por contradicciones; aspirar á la fortuna, « no creyendo nunca que sea difícil conseguirla; » no mentir; evitar reyertas de familia; vigilar las malas inclinaciones de una esposa, de quien hay

siempre que sospechar, y darle lo necesario para la vida ¹... Adviértase que la ley encarga al padre que comprometa á su hija por esposa á los ocho ó diez años, recomendando que el futuro pase de veinticuatro años, si la hija ha cumplido ocho; y que tenga treinta años, si ella ha llegado á los doce ². ¿No es ésta otra prueba de la dependencia absoluta en que se quiso viviese la mujer?

También se han tributado encomios á las atenciones del hombre por su esposa y á las galanterías hacia el bello sexo en general, que en algunas poesías índicas se leen; pero la facilidad misma del repudio, sin acudir á otras pruebas, pone al descubierto la triste verdad de los hechos. El hombre no debe sufrir más de un año á una mujer poco amable; debe sustituir inmediatamente con otra á la de malas costumbres y á la aficionada á licores, á la doliente con una enfermedad incurable y á la de carácter triste ó violento. Una esposa estéril, aunque bondadosa, debe ser sustituida á los ocho años; la que tenga la desgracia de ver morir sucesivamente á todos sus hijos, á los diez años; la que no tenga más que un hijo, á los once, y en el acto la que hable con aspereza ³.

El legislador de la India despoja por otra parte al matrimonio, como hemos visto, de toda su trascendencia humana, encerrándolo bajo tres llaves en los estrechos límites de un deleite místico, sin amor y con egoísmo, para dar al alma, en la futura vida, una absolución completa y los goces y las bienandanzas de que el hombre se hizo acá indigno por sus extravíos. ¿Qué es la familia en tales condiciones?

En suma: es la filosofía de los indios profunda, su literatura es en ocasiones instructiva y amena; pero su religión, sancionando la poligamia, matando los sentimientos humanitarios y aherrojando al creyente con las fuertísimas cadenas de un destino fatal é implacable, fué siempre por necesidad, y como pagana, extraña á toda mejora y refractaria al fecundo progreso.

1 MANÚ, III, 59, 67-75 y 114. — IV, 137, 138 y 180. — IX, 7, 10, 12 y 17.

2 MANÚ, IX, 88 y 94.

3 MANÚ, IX, 77, 80, 81 y 82.

III

El Zend-Avesta.

No es la India el único imperio digno de citarse entre los más famosos que ocuparon el Asia en los muy oscuros tiempos de la antigüedad histórica. La fuerza brutal, primer instrumento de los nómadas que se erigieron en tiranos, fué el origen de las más remotas dinastías, palabra ésta cuya etimología griega ya indica poder. Allí vemos constituirse las primeras teocracias que, por medio de sus grandes mitologías y sus intrincadas cosmogonías nacionales, aislan de lo restante del mundo á los pueblos.

Los dominadores imponen en el Asia su religión y sus costumbres á los vencidos, y sátrapas halagan por interés propio las pasiones, dando rienda suelta á todas las sensuales delicias. El despotismo toma formas diversas é impera por la violación de las leyes naturales en pueblos de otras procedencias y otras costumbres, reunidos por una voluntad arbitraria y sojuzgados en las comarcas más fértiles y ricas de la tierra.

Nos dicen los escritores orientales que en las inmediaciones del Indo y en las orillas mismas del Ario ó del Oxo, varias tribus de guerreros, magos, agricultores y vagabundos, formaron un antiquísimo imperio, el de Irán, en íntimas relaciones con los asirios. Se componía de bactrianos, medos y persas; hablaban el zend y sus dialectos, habiéndose separado de los brahmanes cuando éstos se establecieron en el Indostán. Hubo bactro-asirios que se apoderaron de Babilonia, y medo-bactrianos cuya capital fué Ecbátana, ocupada más tarde por otra raza, la de los *cashim* ó caldeos.

Se supone allí una civilización poderosa, y se cuentan maravillas de Babilonia, construída en las márgenes de dos grandes ríos, el Eufrates y el Tigris, ciudad cuyas ruinas habian de servir para las primeras construcciones de Seleucia y mucho más

tarde para las murallas de la famosa Bagdad. El estudio de las grandezas materiales de Babilonia no es de este lugar; pero sí el de sus instituciones religiosas.

Difícil es distinguir en un principio las creencias de los babilonios, mezcladas con las de los caldeos y de los persas ¹. Vemos, sin embargo, muy luego que hay allí el culto de los héroes divinizados y el de los astros, la primera de las adoraciones, sin duda alguna, que extravió la imaginación de los hombres. Su culto astronómico se enlazó con una idea cosmogónica que tuvo muchos secuaces en Oriente, y que divide la fuerza creadora en dos principios, fecundante el uno y fecundado el otro, es decir, macho el primero y hembra el segundo, considerando así al sol y á la luna, representantes ambos de las funciones reproductoras de la vida. Esto significan también los nombres de los dioses Bel, Baal ó Molock..., Militta, Urania ó Astarté, y otros varios. Había astros propicios, astros malhechores, astros alternativamente favorables y dañinos, andróginos estos últimos, con la fuerza activa que fecunda y la pasiva que pare, y finalmente muchos astros consejeros, que eran los secundarios. Se cree que adoraban también los babilonios á los elementos y á los grandes ríos, diciéndonos la Biblia que divinizaron á sus héroes y á Nembrod entre ellos.

Los estudios cosmogónicos se reducen en el Imperio de Irán á mirar el lado material del universo, al contrario de los brahmanes que se fijaron en la idea. Al principio existía, según los bacto-asirios, un caos de tinieblas y de materia húmeda que contenía mónstruos, cuando apareció Bel, quien partió en dos el cuerpo de la mujer primitiva, emblema de la naturaleza. Con una de las dos partes de aquel cuerpo formó el cielo y con la otra la tierra; produjo la luz que mata á los mónstruos, y con su propia sangre y la de los dioses inferiores mezclada con tierra, creó las almas de los hombres y de los animales. Castigos terribles hicieron desaparecer de la tierra la especie humana; pero nació otra de la sangre de un bondadoso Dios que

1 FRIEDRICH MÜNSTER, *Religion der Babilonier*. Copenhague, 1827.

voluntariamente quiso sacrificarse, y entonces apareció un hombre anfibio, que todos los días salía del Mar Rojo, y vino á predicar á los babilonios la sabiduría. Es fácil encontrar envueltas entre esos extravíos y esos supersticiosos inventos las desfiguradas reminiscencias de la tradición primitiva.

Como el culto reflejaba siempre la veneración que profesaban á los principios generadores, verificáronse en sus solemnidades actos obscenos, llegando á pasearse procesionalmente y con pompa las representaciones del *phallus* y del *cteis*. Se cree también que sacrificaron á sus dioses víctimas humanas; y Cantú nos dice ¹ que, uniendo la inmoralidad á la barbarie, cada mujer estaba obligada á prostituirse una vez en el templo de Militta á un extranjero, que le pagaba tan inconcebible oprobio, diciéndole: «Ruego á la diosa Militta que te proteja y sea para tí siempre propicia.» El historiador italiano se inspiró para darnos estas noticias en escritores de nota ², cuya aseveración no puede seriamente ponerse en duda, por más que lo afirmado repugne á las más elementales nociones de natural pudor y de personal decoro. Sería interminable apuntar todo lo que autoridades respetables nos dicen en esta materia, y referir las abominaciones é impudencias sin cuento de que fué teatro el recinto de la populosa y corrompida Babilonia ³.

1 *Historia Universal*. Primera época.

2 HERODOTO, I, 36;—ESTRABON, XVI;—CF. SELDEN, *De diis Syriae*;—HEYNE, *De Babyloniorum instituto religioso*.—Algunos escritores modernos, entre ellos VOLTAIRE, niegan tales escándalos, fundándose en que son contrarios á la naturaleza humana; pero no advierten que la razón sin norma de moralidad divagó lastimosamente en todos tiempos, como nos lo prueban aun hoy día las conocidas costumbres de algunos pueblos en estado de barbarie.

3 Basta para darnos idea de lo que pasaba el relato bíblico de los banquetes de Balthasar.—Un reputado escritor latino nos dice también: “Liberos conjugesque cum hostibus stupro coire, modo pretium flagitii detur, parentes maritique patiuntur... Feminarum, convivia ineuntium, in principio modestum est habitus; dein summa quæque amricula exeunt paulatimque pudorem profanant; ad ultimum (honus auribus sit) ima corporum velamenta projiciunt. Nec meretricum hoc dedecus est, sed matronarum virginumque apud quas comitas habetur vulgati corporis vilitas.”—QUINTO CURCIO, lib. V, 1.

Los hombres más ilustrados eran allí los magos, los sacerdotes, y profesaban una doctrina más pura que el vulgo que vegetaba entre supersticiones absurdas. Se pondera mucho el esplendor del culto de Belo y las suntuosidades de su templo, de sus sacrificios y de aquellas fiestas, en una de las cuales llegaron á quemarse mil talentos de incienso y se hicieron procesiones con simulacros ricamente adornados con metales ricos y piedras preciosas.

El descubrimiento de los libros *Zends* y del *Dabistán*, así como los estudios modernos, ponen con frecuencia los relatos de los orientales en contradicción con lo que nos dicen los clásicos. Muchos sistemas históricos se han inventado para desenmarañar la confusión de las afirmaciones y negaciones que se suceden, habiendo trabajado en esta tarea con incansable persistencia algunos de los más eruditos historiadores de Alemania, pero sin llegar nunca á presentar pruebas y argumentos fehacientes ó que puedan dar una convicción absoluta. Bien se hace en calificar de mitológicos aquellos tiempos primitivos en que los productos de la imaginación se confunden con los hechos históricos y reales; las hazañas de los héroes, con las evoluciones de los astros; los hechos naturales y humanos, abultados por la fama y el tiempo, con las acciones divinas, llegando el hombre mismo á creerse metamorfoseado en planeta.

Pasemos al país que los clásicos distinguen propiamente con el nombre de Persia.

Difícil sería dar exactos pormenores acerca de las creencias religiosas de los persas, y de la antigua doctrina de los magos medo-bactrianos, cuando hasta la autenticidad del *Zend-Avesta* y los escritos atribuidos á Zoroastro han sido objeto de empeñadísimas discusiones entre los más sabios críticos franceses, ingleses y alemanes¹. Se conviene, sin embargo, en que la

1 El resumen de tan interesantes debates desde ANQUETIL y KEUKLER hasta TYCHSEN y HEEREN puede verse en una nota de M. GUIZOT sobre GIBBON (tomo II, pág. 7, Paris, 1819). La verdad es que posteriormente muy poco se ha adelantado para precisar lo que haya de exacto en tan discutidos hechos.

religión de los persas y medos era sencilla en un principio: adoraban á un solo Dios, en la naturaleza que nos lo revela, y principalmente en los astros más visibles. Rendían culto al fuego y profesaban el *sabetsmo*, creyendo en dos principios opuestos representados por la luz y las tinieblas. No puede en realidad tacharse de panteístas á los persas, pues dirigían sus adoraciones al excelso *Mithras*, y este nombre sólo representaba la luz y el calor del cielo.

La reforma que Zoroastro introdujo, andando los tiempos, no admitía castas ni jerarquías. El gran innovador se anunció como enviado por *Ormuzd* —el buen principio del que es encarnación Mithras en una esfera inferior— para propagar en Oriente la ley escrita. Dicese que Zoroastro hubo de nacer como una pura emanación de la Divinidad, y que murió sin haber hecho sufrir nunca al más insignificante animal ni la más mínima de las plantas, irradiando la luz de toda su persona. Fué llamado al cielo, y recibió de Ormuzd la palabra de vida encerrada en el *Zend-Avesta*. Tal es el resumen de las leyendas.

Es por demás notable y ejemplar la moral de Zoroastro. Quiere que se reconozca con pureza de corazón á Ormuzd, rey del universo, y á Zoroastro su profeta, debiendo el hombre hacerse semejante á la luz y rechazar las tinieblas por medio de las purificaciones. El creyente no debe manchar ningún elemento; el que sople el fuego con su boca impura merece la pena de muerte; los fieles deben combatir la fuerza del mal con una actividad continua, y en los templos, nadie debe orar para sí particularmente, sino en general para todos. Prolijo sería hacer un detallado relato de la liturgia del famoso profeta, según los orientalistas que nos dieron á conocer el *Zend-Avesta* y la constitución moral y política de los persas¹. «Si queréis ser santos, dice una de las más hermosas máximas del libro sagrado, instruid debidamente á vuestros hijos; porque sus

1 Una de las más recomendables traducciones de los libros atribuidos á Zoroastro es la alemana de J. K. Keukler (1776, 1782 y 1783) con comentarios y citas de los autores griegos y latinos sobre la religión de los persas.

buenas acciones os serán imputadas.» Se descubre, en algunas leyes con que Zoroastro establecía las relaciones de ambos sexos, un espíritu de justicia que realmente sorprende. La mujer, víctima de un engaño, deshonrada y abandonada con un hijo, quedaba autorizada á ofender impunemente, á herir y hasta á matar al que la había seducido ¹.

Arduo es, sin embargo, armonizar esas ideas tan adelantadas, esa moral tan pura y la constitución modelo que traza el *Zend-Avesta* con el verdadero estado del país. Hay antítesis manifiesta, y todo hombre concienzudo no podrá menos de desconfiar algún tanto de los apasionamientos de algunos que desmesuradamente ensalzan las grandes reformas de la civilización aquella.

Los monarcas persas conservaron restos de su antigua vida nómada, residiendo alternativamente en Persépolis, en Susa ó en Ecbátana, y aun posteriormente en Babilonia, siendo siempre la caza una de sus diversiones favoritas, contra las protectoras máximas de Zoroastro; y las costumbres sociales de aquella corte no fueron muy edificantes, según nos las reseña perfectamente la Biblia. El harén estaba poblado de hermosas mujeres de todos los países, guardadas por eunucos y divididas en dos departamentos separados, á uno de los cuales pasaban solamente aquellas que habían obtenido los favores del rey. Algunas concubinas ascendían al rango de esposas, y no faltaban intrigas para hacer que el rey nombrase sucesor á capricho ó en ventaja de las favoritas que de mayor influencia presumían; pues la reina madre podía encargarse de la educación del presunto heredero de la corona, y esta particularidad no era para despreciada. Véase lo que nos cuenta la Biblia de los tiempos de Asuero. No aparece más consejo de Estado que el formado por las mujeres y los eunucos del harén, entre los que se trataban y decidían los públicos negocios.

La conocida historia de la reina Wasthi nos dice que el poder marital era absolutamente despótico. El padre disponía además

1 *La Morale de Zoroastre*, Paris, 1880, pág. 53.

de sus hijos como de esclavos. La ley no castigaba de un modo particular el parricidio, y la fecundidad era tenida en tanta estima que el Rey premiaba á los padres de más extensa prole, sobre todo si estaba ésta constituida con mayor número de varones. Todo influye para abrigar grandes sospechas acerca de aquel supuesto monoteísmo que se nos encomia y que vemos reñido con los usos y las costumbres.

El distinguido catedrático belga, M. Laurent, nos dice, no obstante, en sus *Estudios sobre la historia de la Humanidad* ¹, que Persia es el primer pueblo donde puede encontrarse el germen de aquel espíritu de libertad y de igualdad que distingue la Europa del Asia, sin patriarcados, razas ni despotismos. Afirmación es ésta tan terminante como rebatible. Lo que parece más exacto es que la doctrina de Zoroastro no influyó jamás bastante en la vida pública ni en la privada de la generalidad, y que el pueblo persa tuvo todos los defectos que se derivan de la supremacía militar absoluta. La necesidad de constituir y sostener un ejército vigoroso, por las condiciones especiales de los tiempos y del territorio, inspiró sin duda las leyes que se dictaron sobre educación doméstica, sobriedad y moralidad pública. El servicio militar era obligatorio, según Estrabón y Jenofonte, hasta los cincuenta años de edad, para todos los persas, y los muchos datos reunidos inducen á sospechar que la antigua Persia no llegó á ser en resumen el supuesto emporio de la libertad, sino un Estado nacido y apoyado en la fuerza, con todos los inconvenientes y variados males que en una despótica oligarquía se engendran.

La mujer obtuvo, es cierto, algunas consideraciones. Los Sagrados Libros consignan que se conservaron allí las costumbres de los pueblos arios, dotándose por los padres las hijas que se casaban, y el mismo *Zend-Avesta* dispone que las mujeres usufructúen los bienes de su marido. Pero se practicaba arbitrariamente, como sabemos por la historia de Washi, el repudio, y Zoroastro señala como fundamento bastante la falta de

¹ *L'Orient*, libro I, pág. 425.

pudicicia en la mujer, la obstinación en negarse á los deberes conyugales y la apostasía ¹. El poder del padre y del esposo eran en Persia, como en los demás pueblos orientales, las más fundamentales bases de la familia, bases debilitadas con la institución de los harenes, manantial constante de desafectos y desórdenes numerosos. Aristóteles llama tiránica, viciosa y depravada á la autoridad paterna entre los persas ². Es digno de consignarse, en conclusión, que muchos sabios modernos señalan notabilísimas semejanzas entre la lengua y las costumbres de los persas y las de los antiguos germanos.

Con la historia de los bacto-asirios y de los medo-persas se enlaza la de Fenicia.

Los fenicios, ó como dice la Escritura, los cananeos, habitantes del Golfo Árabe, á los cuales atribuían los griegos sorprendentes invenciones, no merecen tampoco elogio por sus prácticas y creencias. Procedentes, al parecer, de la Asiria, adoraban á varias divinidades relacionadas también con los astros. Al dios varón asociaban una divinidad hembra; y decían que la diosa, queriendo recorrer la tierra, se puso una cabeza de toro y consagró en Tiro una estrella caída del cielo; mito que ha parecido indicaba la conjunción astronómica del planeta Venus con la Luna, en el instante de llegar al signo Tauro. Tenía la caprichosa Astarté, ó sea la divinidad femenina de quien hablamos, por amante á Adonis, símbolo quizás del hermoso sol que fecundiza la tierra. Las aguas del río del mismo nombre de Adonis arrastran ocre en sus crecidas á principios de verano, dando á su corriente cierto color rojizo, color que era atribuido por los fenicios á la sangre del amante de Venus, matado por un dios celoso, transformado en feroz jabalí del Líbano. Entonces empezaban los grandes sacrificios fúnebres, la maceración de las carnes y toda clase de penitencias. Las mujeres, sobre todo, lloraban y gemían, destrenzaban su cabellera y se la cortaban, en señal de dolor y para ser agradables á

¹ Véase la obra de PASTORET, *Zoroastre*, pág. 59 y 60.

² ARISTÓTELES, *Moral*, VIII y X.

la diosa de los amores. Este homenaje debió, sin embargo, ser muy sensible para el coquetismo de las más hermosas fenicias, y encontraron una compensación igualmente agradable á la enamorada Venus: aquellas mujeres tenían derecho á conservar su cabello, si se prostituían en cambio é iban á ofrecer el precio de su deshonra al templo de Astarté. ¿Se quiere un instinto pagano, religioso y social, más dúctil y complaciente?

Este repugnante y escandaloso dato, históricamente probado, basta. Podemos ya dar por juzgados los deleznales lazos en que debieron estar basadas las instituciones familiares en aquel pueblo de espíritu aventurero, especulador y traficante que se llamó la Fenicia.

IV

Lao-tseu y Cung-fu-tseu.

Al caer para siempre hace pocos años, con el empuje de la civilización y entre el estruendo de las armas europeas, el aislamiento simbolizado por aquella famosa muralla que mantuvo á China divorciada del resto del mundo, presentóse á las miradas de todos un panorama que parece evocado por los encantos de la magia. Es, en efecto, la China uno de los más antiguos imperios del Asia, conservado en estado fósil, como única excepción y raro capricho de la historia, momificado en su manera de ser primitiva, y presentándonos hoy en toda su integridad sus viejas instituciones, tradicionales creencias y características costumbres.

Tiene este pueblo cuarenta siglos de existencia; su origen se remonta á los primeros tiempos, y está tan poblado que constituye él solo la quinta parte del género humano en la tierra. ¿Cómo se formó? ¿Será que algunos hijos de Sem, buscando nuevos pastos para sus numerosos rebaños, dejasen los límites de la Armenia y las regiones más meridionales, se encaminasen

hacia el Thibet, y se estableciesen en definitiva en los climas más templados, en dirección al Mar Amarillo?

Pocos y contradictorios son los datos que tenemos sobre los orígenes de China ¹; porque fué muy poco ó nada conocida de los antiguos por el constante retraimiento á que esta gran nación fué siempre propensa. Ningún pormenor digno de interés nos dan acerca de las condiciones de los chinos los poetas homéricos ni los historiadores griegos; y si algún verso posterior llega á recordarnos su existencia ², es para dejarnos todavía en la duda de si será China aquella *Sérica* de Horacio y otros escritores latinos. Fué, sin embargo, conocida de los indios, persas y árabes, muchos siglos antes de la Era vulgar, y en las leyes de Manú se habla ya de una *Tchina*, antiguo reino donde floreció la dinastía de Tsin. Los árabes, después de sus excursiones de los años 850 á 877, el veneciano Marco de Polo en 1274, el armenio Haytón, y luego Juan Corvino, enviado por el Papa Nicolás IV; los portugueses en 1516, y posteriormente los misioneros jesuítas, son los que mejor nos dieron á conocer la China, hasta que las expediciones de estos últimos años han franqueado del todo la entrada de Pekín á los europeos.

Tres mil templos en el Imperio, muchos más monasterios, cerca de cuatro mil puentes de piedra, canales de seiscientas leguas de longitud recorridos por más de diez mil barcos, caminos innumerables y bien construídos, fortalezas antiquísimas, una muralla derribada en parte y varias veces reconstruída con cuyos materiales podría edificarse una pared regular y capaz de dar dos veces la vuelta á la tierra; arcos de triunfo por acciones memorables, colegios de educación, observatorios astronómicos, imprentas, bibliotecas, museos, teatros y hospicios, parecen instituciones de importación reciente, y tienen

1 "La Chine est un pays fermé, et nous n'avons en Europe aucune école où l'on puisse apprendre le vieux chinois." —SARRASI, en su obra *L'Orient dévoilé*, Paris, 1881, pág. 83.

2 "Nec sollicitus time quid Seres et regnata Ciro Bactra parent." (HORACIO).

en realidad una fecha antiquísima, fecha anterior en muchos siglos á la existencia en Europa de tales adelantos.

La particularísima constitución del imperio chino le ha permitido siempre sobreponerse moralmente á los pueblos extraños, asimilárselos con facilidad, convirtiendo así en conquistados á los conquistadores. Es la China un pueblo bárbaro regido por la inquebrantable tutela de una especie de poder patriarcal, vigoroso, severo, que legisla sobre todos los detalles y las menores acciones de la vida. Los dominadores, aunque extranjeros, no pueden menos de aplaudir las disposiciones que favorecen su dominio. El temor, la perspectiva del castigo sin apelación, causa efecto en los ánimos y tiene á raya á los dominados. El hábito de obedecer llega á arraigarse, y entonces la religión misma, lejos de ser un convencimiento de la inteligencia, es ley de meras fórmulas, que no impide que cada cual crea lo que se le antoje con tal que cumpla exactamente las prácticas preceptuadas.

Ni siquiera el amor doméstico es una virtud entre los chinos, cuyos actos todos están ordenados por la ley.

También las instituciones de aquel gran Imperio han tenido recientemente algunos entusiastas apologistas, reclutados entre los asiáticos que visitan la Europa y conocen nuestros sentimientos y costumbres; pero los datos nuevamente allegados no han hecho variar de una manera notable las opiniones que antes se tenían. Declara uno de los más ilustrados orientales que en lengua francesa han escrito ¹, que las funciones de esposa y de madre son las únicas á que puede aspirar la mujer china. La ciencia sería un peso inútil para ella; porque es ya perfecta por naturaleza propia para el único destino á que está llamada, y toda su educación y su sola aspiración deben estribar en cumplir los deberes de una buena madre de familia. La madre es, en efecto, venerada y obedecida por los chinos

¹ Véase en la *Revue des deux Mondes*, correspondiente al 15 de Mayo de 1884, un artículo suscrito por ТснОНГ-КІ-ТОНГ y titulado *La Chine et les Chinois*, famille, religion, etc.

mientras vive el padre; pero muerto éste, no hereda más que el título de concubina, y se la desprecia. Cuando la población ha crecido con exceso, no han tratado nunca los chinos de enviar sus hijos á colonizaciones lejanas, creyendo mengua el apartarse de la tumba de sus padres, y los han abandonado entonces por millares en las casas de expósitos. El padre es señor absoluto en la familia, y es claro que le es lícito tener muchas mujeres, harenes y eunucos, institución degradante que se remonta á los tiempos más antiguos ¹.

Existe una enciclopedia llamada *I-King*, ordenada, según se cree, por Fo-hi, en la cual se explica la antigua filosofía china. Toda su moral se reduce á inspirarse en la razón, que procede del cielo. Esta filosofía tiene dos intérpretes famosos, *Lao-tseu*, en lo tocante á la parte que pudiera llamarse teórica ó metafísica, y *Cung-fu-tseu* — Confucio — en su parte propiamente moral.

En el primero se encuentran muchas ideas de los pueblos occidentales, principalmente de los griegos, con los que aquel filósofo estuvo sin duda en contacto. Su doctrina, pura en un principio y llena de mansedumbre, fué extraviada por sus discípulos que la hicieron egoísta, introduciendo principios budhistas, pero pervertidos por el cinismo y por máximas licenciosas.

El segundo filósofo, *Cung-fu-tseu*, fué más práctico. Estableció como única moral, única regla para la prosperidad del Estado, el amor filial, á cuyo exclusivo principio lo sacrificó todo, confundiendo la sociedad política con la doméstica y desconociendo la libertad del individuo. En su teología no acertó á entender el principio de la fraternidad humana, y no pensó siquiera en tomar por base de su moral el amor divino.

«El corazón, dice Confucio, es como un caballo desbocado; no oye advertencias ni obedece al freno. Tiene el hombre un ideal invariable, la justicia y la sabiduría; pero los cinco sentidos le dominan con tal poder y seducción que el ideal queda

¹ Atribúyese la introducción de la poligamia en China al emperador Ti-Ko, 2.435 años antes de Jesucristo.

olvidado, no habiendo arma más segura para vencer en esta batalla que la sumisión y el respeto.» Habla el mismo filósofo tan vagamente de Dios y de la vida futura que bien han podido sus discípulos, antiguos y modernos, inclinarse sin remordimientos al panteísmo y hasta al ateísmo, siendo todos indiferentes en creencias religiosas.

No hay allí verdadero politeísmo ni tampoco verdadera idolatría; pero el estudio de aquel pueblo cabe perfectamente entre el de los paganos.

La constitución íntima del Imperio chino deriva, pues, por completo de aquel primitivo principio del amor filial, que todo lo abarca en su trama inmensa. El padre es un pequeño rey y su casa un diminuto Estado, de la misma manera que el emperador es un padre y todos sus pueblos, considerados en conjunto, forman una gran casa ó familia. Poca distancia media de la autoridad absoluta del padre á la tiranía, y este corto trecho lo han recorrido los chinos. El individuo se anula en la familia y la familia en el Estado, resultando que lo único fuerte, lo único eficaz y estable, la única autoridad verdadera, es la de los emperadores, sin más cortapisa que el liviano capricho. El soberano es *hijo del cielo* y padre de todo el mundo. Sus palabras deben oírse por los vasallos con el cuerpo en prosternación profunda; nadie está autorizado á mirarle cara á cara, y hasta cuando sale á la calle, las casas deben cerrarse, dejando ancho campo á su incomparable y divina grandeza.

La literatura indígena, en sus diversos ramos de novelas, poesías y dramas, nos suministra un arsenal instructivo acerca de las instituciones familiares y de la moral práctica en China. Dejemos á un lado la tradicional pasión por el juego, las fiestas, los banquetes, las ruidosas diversiones de toda clase, que comprueban allí también las inclinaciones orientales. Lo que principalmente nos interesa es la constitución de la familia, y á ella dedicaremos algunas líneas, por más que en realidad muy pocas novedades ofrezca.

Entre los chinos existe el matrimonio legítimo, que solamente

puede contraerse con una mujer ¹, aunque el tal matrimonio no excluye nunca la facultad de tener otras mujeres ó concubinas en casa. La poligamia es, pues, un hecho, con la circunstancia agravante de que esa poligamia no tiene por consecuencia, como en los países musulmanes, suprimir la prostitución, plaga terrible casi convertida en institución social en los países que de más civilizados presumen. Este hecho tiene, en nuestro sentir, su principal explicación en dos causas evidentes: en primer lugar, y al contrario de lo que entre los musulmanes pasa, todas las mujeres gozan de cierta libertad, y en segundo lugar, sólo los ricos pueden permitirse el lujo de varias mujeres, y aun sin ex-
tralimitarse con excesivos gastos á veces. De la libertad de la mujer y de su innata afición á las galas, nace la relajación de costumbres, siendo impotente la poco fervorosa religión de los bonzos é ineficaz la moral de Confucio para reprimir las propensiones al libertinaje. Esto aparte, resulta que á una sola mujer suelen conceder los chinos las prerrogativas de esposa; ella sola administra la casa, estando á su autoridad subordinadas todas las demás concubinas. Hasta los hijos que nacen del concubinato son tenidos por hijos de la mujer legítima, á la que únicamente respetan y dan siempre el nombre de madre.

Las nupcias no se convienen entre los contrayentes; los padres son los que deciden y arreglan las bodas, sin que los novios se hayan visto siquiera. Los padres del futuro esposo examinan á la novia en la intimidad de su casa y hasta en el baño para asegurarse de que no tiene defectos corporales. A cambio de la mujer se da una cantidad á su padre, resultando que la posesión se compra. Muchos, para ahorrarse el gasto, se dirigen al hospicio de niños expósitos, donde nunca se niega mujer á un hombre con medios para sostenerla.

1 Hay, sin embargo, ejemplos citados por los mismos autores chinos en que se nos presentan hombres casados simultánea y legalmente con dos mujeres. Véase entre otras pruebas la traducción hecha por REMUSAT de la novela titulada *Las dos primas*, escrita por el literato SSE-YENPE, de Nan-Kin. Es una demostración de que la idea de unidad no tiene arraigo en China, ni aun dentro del legítimo matrimonio.

Si se trata de tomar concubinas, el asunto es muy sencillo, y no hay necesidad de más formalidades que para una compra ó venta cualquiera, permaneciendo la contratada en poder de su dueño hasta que éste se cansa de ella y la despide. En la celebración del matrimonio legítimo no existe tampoco la ceremonia religiosa indispensable en otros pueblos. Es una fiesta puramente familiar, y las formalidades tienen sólo un carácter íntimo, intervenido con el acto de un mero registro por los poderes públicos. Con ocasión del banquete de boda es cuando por primera vez se ven los novios. Si ella no gusta al futuro, puede anularse el contrato, por más que este rasgo de independencia suceda rarisimas veces ¹.

Son impedimentos para el matrimonio el parentesco por afinidad ó consanguinidad, la identidad de nombres de familia, que suponen también parentesco, y la profesión religiosa. Los sacerdotes de Foe y de Tao son rigurosamente castigados si se casan. También están prohibidos los enlaces con cantadores y comediantes, con persona inculpada de algún crimen, entre el raptor y la robada, entre personas cuyos padres hayan sido castigados por delitos capitales, entre persona libre y otra esclava, y finalmente, á los oficiales del gobierno les está también vedado casarse con mujeres cuyas familias estén bajo su jurisdicción autoritaria ².

La ley prescribe terminantemente el repudio cuando la mujer es adúltera, imponiendo severas penas al jefe de familia que no rechace en seguida á la que haya faltado á sus deberes conyugales. Está permitido el divorcio completo por consentimiento mutuo fundado en incompatibilidad de carácter, autorizándose además en los casos siguientes: 1.º por causa de esterilidad; 2.º por desprecio manifestado por la mujer hacia el padre ó la

1 Véanse sobre el particular y demás costumbres las obras *Chine et Extrême-Orient*, por el Barón G. DE CONTENSON, antiguo agregado militar en China, París, 1884, y *Le Royaume d'Annam*, diario de viaje, por J. L. DUTREUIL DE RHINS, París, 1879.

2 Véase el código de TA-TSING-LEU-LEE, traducido por STAUTON, Milán, 1812, pág. 107-115.

madre del marido; 3.º por la propensión de la mujer á la maledicencia; 4.º por su inclinación al hurto; 5.º por falta de pudor; 6.º por celos, motivados por las atenciones del esposo hacia otra mujer, y 7.º por una enfermedad cualquiera constitutiva. Pero, en estos últimos casos, si la mujer ha llevado luto durante tres años por el padre ó la madre del marido; si ha contribuido á acrecentar notablemente la hacienda y el bienestar de la familia, ó si no tiene casa donde resguardarse ni parientes que la recojan, se rechaza la demanda de repudio.

Se ha dicho que la patria potestad se extiende en China al derecho de vida ó muerte sobre la prole; pero este derecho no aparece legalmente establecido, por más que las relaciones de los misioneros hayan consignado en varias circunstancias infanticidios con impunidad consumados. Existe, sí, en el padre la facultad de vender á sus hijos, como existe igualmente la de venderse á sí propio.

Las leyes no consagran mucho espacio ni atención á las mujeres, y casi siempre que de ellas hablan es para deprimirlas. Dice Morissón en su *Diccionario chino* que la esposa pierde tres grados de mérito si se embriaga, cinco si juega á las cartas, diez si no tiene limpieza ó asiste á los espectáculos en día festivo. Si maltrata á su marido, debe ser castigada con cien golpes de bambú, mientras que el hombre no es nunca responsable, sean cuales fueren sus malos tratamientos. Puede éste uncir á su mujer al yugo del arado, y el hecho es muy común, al lado de una bestia de carga, siéndole lícito vender á su esposa, como vende á su jumento, cuando se cansa ó se le antoje. En cambio, se castiga á los padres por las faltas de sus hijos, y los libros encargan á los mandarines que cuiden de la educación de la infancia y vigilen para que reine siempre la tranquilidad en el interior de las familias.

Lo más inexplicable es que los chinos, sin creencias positivamente religiosas y muy despreocupados respecto de los futuros destinos del alma; los chinos, que no solamente creen permitido y nunca punible el suicidio, sino en ciertos casos conveniente, recomendable y hasta meritorio, tengan el mismo afán

de los indios por tener hijos varones que les tributen fúnebres honras después de la muerte. De ahí varias disposiciones y leyes, prescribiendo reglas relativas á la adopción de hijos é institución de herederos que suplan la sentida falta de descendencia directa.

Tales son, en resumen, las instituciones familiares de China, instituciones que por contagio se impusieron también á otros pueblos, como á los de Corea, á los japoneses y á los habitantes del Thibet. Su historia, viva aun y palpitante bajo nuestros ojos, está muy lejos de poderse presentar en manera alguna como modelo; y, sin embargo, escritores ligeros del último siglo se proponían la destrucción de lo existente en Europa, proclamando que en el Oriente estaba la panacea de nuestros males; que nada mejor que allí teníamos; que era superior á la de Jesucristo la moral de Confucio, y que la manera de ser del Celeste Imperio podía servir de paradigma para las reformas de la nuestra. No ha tardado en desvanecerse la ilusión, y la realidad no admite hoy dudas, después de haberse estrechado las distancias y de desaparecer el misterio.

Llamar libertad al despotismo y confundir las esencias fué siempre achaque de alucinaciones interesadas ó sistemáticas y de espíritus descontentadizos. ¡Qué inmensa distancia han de recorrer todavía los chinos para alcanzar la pureza del objetivo, la fórmula de la igualdad moral, que es el programa y el brillante ideal del cristianismo! No es ciertamente un desastre que estén rotas para siempre las puertas de aquella famosa muralla antes á cal y canto cerradas, é incapaces ahora de esconder secretos y de engañar á incautos. La guerra, haciendo circular la empobrecida sangre asiática, remozando enérgicamente aquella civilización caduca, conseguirá tal vez que el Gobierno de Pekín reciba al cabo las ideas y los adelantos extranjeros que hasta aquí la raza amarilla desdeñaba.

V

Resumen de las instituciones orientales.

Con la degeneración del primitivo patriarcado aparece en el mundo el politeísmo y se acentúa y crece la poligamia, no resultando demostrada y siendo antinatural la supuesta prehistórica pureza de las tribus arias.

En la India impera una teocracia que se impone con las inhumanas máximas de un fatalismo grosero que no excluye la sensualidad de los favorecidos con las ventajas de la riqueza ó con un nacimiento ilustre, y trae consigo la postergación de la mujer en todas las clases sociales. La indigna ley de castas imposibilita todo sentimiento de fraternidad y petrifica las instituciones familiares en un organismo de abyección incurable, inutilizando todos los esfuerzos de la filosofía humanitaria. El humilde Budha queda vencido á los pies de la soberbia y del despótico egoísmo que Manú representa.

En Babilonia, en Ecbátana, en Persépolis y en Susa, en todos aquellos Imperios donde algunos pretenden encontrar gérmenes del espíritu de libertad y de igualdad, que distingue á los europeos de los asiáticos, no vemos más que creencias incoherentes y propias para mantener el impúdico alarde de extremar las pasiones, encerrándose la familia en un voluptuoso harén, muy á pesar de los esfuerzos de Zoroastro, de los magos y de la palabra de vida consignada en el *Zend-Avesta*. Las costumbres generales de los fenicios desnaturalizan los antiguos mitos y corren parejas con los más repugnantes extravíos de los bactro-asirios y de los medo-persas.

China vive sin amor doméstico y no conoce el alto concepto de la familia. El cariño filial de Confucio se traduce en humillación y vasallaje; el repudio es un derecho, y la mujer resulta siempre sujeta al capricho, vendible y envilecida, no pasando el matrimonio de ser una compra degradante; y en medio de

todo, ningún síntoma aparece que anuncie marcadas tendencias al progreso.

En una palabra, en el Oriente histórico, el hombre considera á la mujer como una cautiva; la cree una propiedad, una conquista; la ata á su antojo y la esconde, no como á un codiciado tesoro, sino como á una divinidad maléfica y de alma pervertida ó como á una esclava indispensable, pero mañosa y propensa al fraude, de quien hay que temerle todo. Ella es un vil objeto de compra ó venta; su valor se mide por sus seducciones ó sus físicos atractivos; es incapaz de toda cultura intelectual, indigna de derechos civiles, y mientras los chinos deforman sus pies desde la infancia para recordarle toda la vida que nació para vivir sin voluntad propia en la casa de su señor, los asirios la prostituyen al extranjero, y los indios permiten y aprueban que siga al difunto esposo y se sepulte con él ó se convierta en cenizas en las llamas de fúnebre pira.

La familia de Oriente recorre las varias etapas que á la ligera hemos descrito; pero debe clasificarse siempre en uno de los grados que caracterizan la BARBARIE.